Sady Zañartu

Piedras y sol

I

HACIA EL MUNDO DE LOS INKAS

Se ha ido la aventura de los pájaros marinos. Me alejo de los aires perezosos de la costa peruana, de sus puertos que aparecen entre leguas de dunas y rocas tumbadas, para adentrarme en la sierra y atraer hacia mí la vaga emanación del panteísmo solar de los inkas.

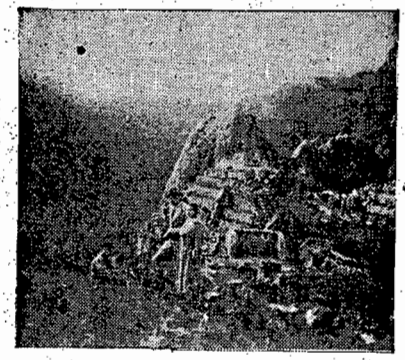
Asciende el hombre las cumbres y, a medida que se aisla, reconcentra el ser y sus potencias, y deja que se apodere de él la lenta absorción del paisaje, instigada en el primer tramo por las fragantes guayabas y el agridulce de esa especie de algodón comestible que guarda en sus vainas el pacay.

Al transmontar el inmenso collado que se levanta a espaldas de Arequipa la tierra se torna desolada, influída de una magestad que hace pensar en el misterio de los Andes. Arrojado a la violencia de sus rocas el espíritu se unge con lo eterno de la sustancia primitiva que formó el hombre del mito para inundar de civilización las tierras bajas. El silencio inmóvil de la montaña detiene el vuelo libre de la imaginación; los volúmenes se acrecientan entre las sábanas dilatadas y determinan el hálito de Wira - kocha Dios. Atravieso las masas de aire enrarecido que, en Crucero Alto, alcanzan a más de cuatro mil metros de altura, para entrar en el cora-

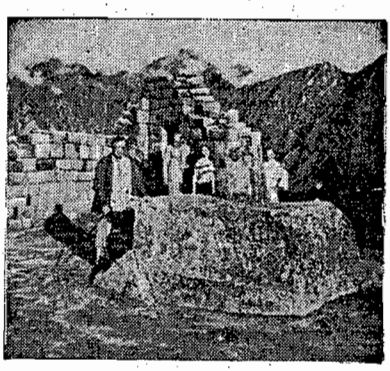
La casa de la Ñusta y el edificio «Caracol» o «Torreón» de Machupicchu que incide sobre la angosta calleja mediante una bella escalinata.

Roca zoomórfica que se adoraba en el santuario de Kenko (Cusco).

El anfiteatro del santuario de Kenko después de los últimos trabajos de excavación dirigidos por el doctor Luis E. Valcárcel, Director del Museo Arqueológico de Lima.



Sady Zañartu y su esposa señora Camila Bari en las cumbres del Machupicchu. Puede verse al fondo por la transparencia del aire, como en un telón de teatro, el barrio sagrado con el Intihuatana o reloj solar.



Grupo en torno del Intihuatana de Machupicchu, formado por el doctor Wagner, el Ministro de Alemania en el Perú, el geólogo ecuatoriano padre Semanate y el escritor chileno Sady Zañartu y señora Camila Bari de Zañartu.

zón de este mundo de la piedra que ha hecho rodar desde la altiplanicie hasta el mar saltos de cultura y de vegetación, desprendidos en pueblos y estilos. Es, en estas alturas, donde reside el principio vital que fecunda el campo ávido de gestaciones, y de la que surge la voluntad de potencia del hombre nacido para vencer. Aquí está el nacimiento de su humanidad; los seres que personifican el mito de las tempestades; las lagunas magnéticas, de una atracción de espejo, que reflejan los más finos matices del cielo, y desde donde nacen no sólo los sistemas de ríos, que despeñan su pródigo caudal, sino los caminos que llevan en la penetración de la cultura el desborde de emociones nativas.

Sobre uno de estos caminos del Inka, que todavía utilizan, a través del desierto de Atacama, los mineros que entran a Copiapó con sus tropillas cargadas de metales, había meditado, más de una vez, en el principio y término de su ruta maravillosa. Era el camino por donde llegamos, trayendo el mensaje de los tiempos nuevos, hasta la ya extinguida civilización de los Atacama. Los naturales lo construyeron en línea recta como debe ser todo principio de amistad entre pueblos. Iban dejando en tambos y pukaras la nomenclatura que pulula en el mapa con el nombre de «Incahuasi», casa del Inka; y la adoración a Pachakámac, al Cóndor, al Puma, aparece idolatrizada en la piedra que interfiere el camino. Y cuando llega a los valles de «Copayapu», copa de oro, las tierras a su paso se hinchan con las prácticas incaicas del regadío, que recoge el agua de ríos y ventisqueros en acequias y brazales, haciendo fructificar con abono animal y vegetal los terrenos parcelados, que luego se designan con la voz kechua de «chacra». El resultado de aquella cultura agrológica hace decir después, al cronista Herrera, de los maizales de Copiapó que «eran tan altos como lanzas». El camino ha bajado, de entre estos picachos, por repliegues inclementes pero habitados, como la varilla del rabdomante que va a determinar en el meridiano futuro de los descubrimientos mineros nuestro sentido nacional. No penetrará más allá del Maule porque los araucanos son demasiados guerreros para ser pacíficados económicamente por un camino. Pero su ruta queda trazada en la piedra enternecida para que se convierta en el símbolo de nuestra humanidad en marcha.

Los chasquis, que retornan llevando en las espaldas el bastimiento de oro, dejan a los curacas el depósito sagrado

del pensamiento del Inka, en las voces de las migraciones, por el sentimiento político, y lo que es más evidente, remontándonos a las lejanías preincáicas, por los afectos e un origen común.

Empiezo a descender las cumbres que, hoy como ayer, vuelven al hombre de América al concepto virgen de vientre y destino. La roca no ha sufrido sus reveses: sigue fuerte, real y plástica. Se puede confiar en ella. El indio lo sabe y espera. Por los escuetos senderos aparece con el color de sus ponchos, adherido a las rugosidades de la tierra, en demanda de los primeros campos.

El cielo se pone gris. En el aire vibra el llamado tácito de afectos lejanos. Truena. Comienza a llover. El paisaje se torna hosco y oscuro. Julíaca deja ver el grupo pardo de sus tejados con la *h* blanca de su iglesia plateresca. Llevo la mitad de la jornada al Cusco. Y esta noche de temporal deshecho, de nieve y agua, ya a las ocho me dejo velar, bajo los cuatro edredones del lecho, por la luz eléctrica tan tenue como una candela, percibiendo a intermitencias entre los estáticos de la atmósfera noticias de la guerra del Chaco o algún trozo de música india, de la transmisora del Illimany.

Bajo la luz lívida del amanecer despierta la altipampa nevada con los «kollis», que recortan en el horizonte las ramazones abrumadas por el blanco peso. Hay una melancolía opresora emanante del paisaje, dolor del pajizal deshecho por la tormenta, lamento de las «chujllas» (1) derruídas por el viento.

El hombre se anula; avanza por la estepa tras su recua de llamas como su propia sombra; no le inquieta la mordedura de la nieve ni el viento desollador; sólo su voz se extingue ante la amenza del rayo. Pero no por eso el páramo deja de ser un incentivo de la voluntad más fuerte que el valle florido. Las formas objetivas realzan su volumen, sus dimensiones; el hombre reacciona con impulsos lentos y seguros, y las pasiones arrojan su contenido potencial.

En la altiplanicie hay espacio para todo lo que perfila una conquista del espíritu; allí está la masa rebelde del indio, irreligiosa y fría como su clima. De este aislamiento se formó, en fruto óptimo, la raza kolla.

Más allá de los roquedos está el lago, vasto como un mar,

(1) Pequeño rancho desde donde se cuida la chacra.

de donde refluye en oleadas infinitas, la fuerza telúrica que nutre el subsconsciente colectivo. Aquellas masas de agua vierten de su seno fecundo el anima engendradora de las especies, esparcen el sonido enervante, la policromía sensual del color y la expresión rebelde de su vivir.

En el vivo diálogo del pasado con el presente, el *uru* (2) se asoma por la portada de Tiahuanacu, de entre los totorales lacustres, para hacer persistir la quimera indianista con alas de cóndor y cabeza de puma. Es la poesía del alba que no termina: la acción cósmica de raza y paisaje obrando sobre el hombre adveniente. La vitalidad desbordante que manifiesta, arranca de las profundidades del gran lago y asciende a la adoración de la naturaleza en las notas del pinkillo, que sopla el balsero de uno a otro confín; en el color reluciente del «kaito» (3), sacado de los celajes del atardecer; y en la forma del pez, rediviva en las balsas o «caballitos de totora» que navegan en la superficie azul.

Los poetas, bajo su influencia procreadora, sienten la rebelión del alma kolla y se acogen a la sugerencia panteísta del paisaje con ulular de pututos y llamados de voces cordiales. Hay en sus gestos sacudimientos de «irpiris» que no tardarán en irisar el firmamento.

II

TARDE DE ARCO IRIS

Estoy en Puno, en *Orko pata*, cima del cerro. Frente al lago sagrado, se desenvuelve la cinta polícroma de las faldas vueludas de las kollas que alternan con los ponchos en la cadena de graciosos giros. Sólo animan los rostros estáticos el fulgor de los ojos y el brillo de los dientes que blanquean en los labios semi-entreabiertos. El leve balanceo inicial deja inmóviles los cuerpos, y es preciso mirar los pies para darse cuenta que ha empezado el huayno, al advertir el taconeo seco y unísono de los danzarines.

Los charangos espolvorean en el aire la angustiosa melodía que alude, cada vez más, a la pasión que antes tuviera la-

(2) Primitivo habitante de las riberas e islas del lago Titikaka.
(3) *Hilo de lana, de varios colores.*

zos de miel. Los labios, gruesos de quereres, se arden; brazos y escorzos insinúan la entrega, en vértices frenéticos, golpean las trenzas negras como látigos provocadores; aprietan las manos las cinturas nacientes en el rítmico pisotear de sus piernas de terracota; el revuelo de pañuelos simula el batir de alas gráciles; y luego las hileras de manos enlazadas forman arcos por los que van escurriéndose las parejas en movible bóveda humana, de una en una, con la levedad del pez.

Súbito sopla un viento frío y el lago, espejeando el cielo, se torna de plomo; el granizo rebota en el suelo con fuerza de pedruzco en una densa cortina blanca; el trueno y el relámpago fulminan el espacio.

El patio de fiesta queda silencioso. En el interior de la casa se ensanchan los corazones con el tufillo incitador de los picantes y de la chicha de jora. Los bailarines han venido a refugiarse bajo el amparo de la virgen de Copacabana, que desde una repisa preside la fiesta, en el cabezal de la vasta sala, entre irreverentes papas y ollucos, que dejan entrever la fe pagana, no perdida aún.

Allí están las cholas invitadas con su aire señorón; la más lujosa tiene puesto un rebocillo de encaje blanco, prendido con un precioso topo de oro, que sobre adorna una perla riquísima más grande que una haba; de sus orejas penden hasta los hombros los aretes de diamantes. No quieren ser menos que los kollas y eligen las parejas para bailar el huayno, que no es ya la danza primitiva y simple de las «pasñitas» sino un baile sensual, de gracia y fuego.

Estoy en la sede de la sociedad nativista «Orko-pata» que Inocencio Mamani, poeta indio y maestro de indios, ha formado para el cultivo de la música y de la danza autóctona. Se acerca franco y dadivoso trayendo la ofrenda del propio corazón. Toda la pulsación rítmica, concentrada en torno de él, es un latido de afecto indo-americano. Fulge en la mirada de sus ojos renegridos el destino de su raza, llamando al ayllu en la composición coreográfica, para que le dé, en el color de los trajes y en la vibración psicológica del ritmo, la individualidad étnica de la danza puneña.

Mamani es hijo del drama de la meseta, que al despegar los oídos de las chullpas o tumbas, siente en toda su fuerza la estética interpretiva de la historia y de la geografía social de América.

Como un sacerdote, que va a oficiar su ritual, se ha reves-

tido con el poncho, decorado con la flor del Inca, el pantipanti, y el chullo que enmarca su rostro dando relieve a su perfil tiahuanacota. Sus ojos aparecen atraidos por una luz lejana y sus labios, expresivos y sonrientes, recitan, en lengua aymará, el poema original:

Ppasñita de trenzas largas, tu andar de «pfichitanka» traiciona mi pensamiento. Tu pollera color azulago revoluciona estos días. Los hombres, camisas remangadas, contemplan al Padre Sol. La muchedumbre de chacareros con los corazones limpios siguen tus pasos ligeros. Hiladora de la trama de tus ideales los jóvenes toros están listos para romper la tierra virgen, y esperan el alba para caminar juntos en el surco del mañana; los peces multicolores alegres aguardan el nuevo día.

De las faenas cantando en todos Los Ayllos esperamos abrazarnos para nadar como las »chaullas» en el río Pukamayo. Pinkillos y tambores por todas partes hacen la fiesta de estos días. Warakas y pututos suenan en los alrededores de la meseta del Titikaka. Solamente ha amanecido un «majjtito» envuelto en una jerga sucia y hedionda... ¡Uñaú!... ¡Uñaú!... como un manso corderillo se revuelca el hijo de la paria. (1)

Los kollas han vuelto a tomar su sitio para el baile porque tan presto como vino se ha ido el temporal. Pero ahora es la naturaleza la que hace la fiesta de color, ofreciendo lumbraradas de éxtasis como ante un milagro del antiguo testamento. En el aire límpido, dos arco iris superpuestos abrazan el lago de uno a otro confín. Sus bandas son un prodigio musical; del rojo al violeta y del violeta al rojo, la escala degradante tira en el espacio el mensaje del cielo. Sobre el Titikaka la luz y el color tienen un sentido místico de anunciación que desnuda a la pareja mitológica fundadora del Imperio. Emergen de su lecho de plata tonalidades que untan el paisaje de un fantástico cromatismo a medida que el sol se hunde en la alta meseta y hace del espacio un fabuloso jardín kollavino. La vista se pierde buscando las alas de pájaros de las balsas que se mecen en la cuna del lago. En las rinconadas los cerros se avellonan con las últimas nubes. Los totorales son lanzas de oro puro que acuchillan la superficie acuática y las algas ribereñas de llachos, en un oro más pálido, coagulan la herida de luz.

(1) **Traducido del aymará.**

La gama de colores durará lo que el sol tarde en ponerse. Al desaparecer las bandas vibrantes del iris, de las que el indio desovillà el color de sus lànas, quedará en el pastizal azul, llovido de polvo de astros, la fogata del huayno, donde arden y crepitan, entre ranchos y ramas de «kolli-sachitas», formas, colores, sonidos y pasiones.

III

VALLE SAGRADO

En el paso de La Raya asisto al nacimiento del río sagrado de los Inkas. El Vilcanota brota de la alta tierra en un hilo de agua tan sutil que si el tren de la Peruvian se demora algunos minutos más, de seguro que lo hubiera detenido con ambas manos. Y esta obsesión ya no me abandona viéndolo crecer y convertirse en torrente, y luego hacerse todo un señor río, con puentes colgantes y de piedra, un río que será el mejor amigo en la peregrinación por los valles andinos y que veré en la quebrada de Calca, en las tardes idílicas pasadas en el Santuario de Huanka; desde el «intihuatana» de Pisaj, «lugar donde se ataba el Sol», cuyo disco de oro alcanzaban a reflejar sus ondas apacibles; que contemplaré desde las cumbres del Pachatusán—asiento del mundo—sumirse en la tierra enroscado como una serpiente hacia la selva, y por último cruzaré en la cañada de Urubamba en ascensión a la ciudadela de Machu-picchu, para dejarlo seguir su curso caudaloso hasta el Amazonas.

Bendigo este río, padre del «ayllu», (5) sustentador de la vida comunal del indio. Hay una conformación en los topos de labrantío que no podrá destruír el tiempo ni el hombre conquistador, cuya relación espiritual gravita en la tierra con su religión humilde de adorar en el guijarro, junto al ritual del llamo, en el cielo de castidad celeste y en los ojos mansos de la india madre. Tal se adentra en mí esta inesperada visión idílica de la siembra: el indio tras la yunta, va hundiendo en la tierra con la fuerza de la pierna nervuda, el rústico arado de madera o la «chaquitaglia» primitiva; mientras su mujer a

(5) Familia o tribu.

la zaga deja caer en el surco, recién abierto, la simiente generadora.

Sobre la pareja la tierra actúa en forma vivaz de hembra y busca en ambos la energía inconsciente y la insinuación de una promesa ilimitada. Es un sentido ancestral de gentilidad que se encubre de un aspecto religioso resumido en el concepto simple: «Yo siembro Dios hace producir». Más grande se hace este pensamiento al tener de fondo, en la lejanía, las ruinas del templo de Wiracocha, la divinidad suprema de la raza andina, que aunaba el agua, la tierra y el fuego.

El río del sol lleva una fuerza fecundadora en su actitud mansa: las mujeres ponen su ritmo ondulante en el andar hilando vellones de lana; los hombres le piden que les saque del alma, con el rumor de sus aguas, los malos recuerdos en la carga del año; las tropillas de llamas decoran el friso y y se adhieren a la marcha vitalizante.

IV

SERENATA EN PIEDRA

No hace una hora que estoy en el Cusco. (6) Es de noche y tengo la imaginación calentada por fantasmas inkas. He mandado al diablo las guías turísticas y deambulo sólo por la ciudad de Mancokapac y Mama Ocllo. Y así, a tientas, con los ojos y los sentidos avisados, parto de la Plaza de Armas, la antigua de Wakay-Pata, donde caben cuatro de las nuestras; ubico el Palacio de Wira-cocha en la Catedral; el de Huaina Kapac en la Compañía; el del Inka Yupanqui en la esquina de las calles del Triunfo y Santa Catalina.

El Cusco colonial ha desaparecido. Es la hora celeste de los sacerdotes. Tiene la noche la misma luz espectral que el indio elude con temor porque de ella nacen las interpretaciones esotéricas. Se filtra por las columnas de las portaladas un quejido de kena.

¿Por dónde voy? ¿Qué calle es ésta que me empareda? Los pilares rechonchos de la plaza se hunden en la tierra con

(6) Por derivar de «Ccoscco», que significa, según Garcilaso, «centro u ombligo», y «ciudad de piedra» según otros peruanistas. Se ha iniciado la variación de Cuzco con *z*, por Cusco con *s*, por estar más cerca de la fonética y del origen quechua de la palabra.

sus luces municipales para hacer propicio el paso a las sombras. Abro los brazos en cruz y rozo con las puntas de los dedos hileras de piedras pulidas. Me detengo y sigo el hilo del trozo granítico donde presiento el alma del artífice milenario. Recorro el almohadillado que separan las caras, llego a un ángulo y cuento otros, brazo en alto, que ensamblan el lienzo mural y en el isógono de piedras más pequeñas atónito dejo que se revele el espíritu ordenador del inka como en los estilos puros del siglo de oro.

Son las manos las que palpan toda esta grandeza; las manos las que reciben en las fallas cristalinas el fluído de las piedras sagradas; las manos las que anhelan revelar el misterio de sus artífices en la proligidad de la obra, en el ritmo decreciente de los muros. Y en esta sorda emoción vivo, entre los bloques de Ajllawasi y Amarukancha, la noche del Cusco milenario, la del espíritu numérico no descifrado aún, con las manos puestas en tinieblas.

Largo es el callejón amurallado; largo es el canal de estrellas que le sigue como toldo; me detengo en el vano cegado de una puerta trapezoidal por la que salieran las vírgenes del Sol en los festivales de la cosecha. ¿Es el pasado que jamás volverá? Mis manos interrogan a la oscuridad y sólo hallan la respuesta de la serpiente que se desliza, tallada en la roca, para sugerir movimiento, marcha, línea de eternidad.

A la salida del callejón incaico un farol echa su luz urbana para recordarme que estoy en la auténtica villa imperial de Carlos V, y que no ha perdido su doble ante la vida civil peruana. Subo la calle empinada hasta una plazuela donde las puertas acechan sigilosas mis pisadas; en la vuelta de una esquina pega sobre mí el desdén de un portón señorial con el escudo en el frontispicio; cae un tiesto de agua con chapoteo seco, a pocos pasos, arrojado desde un balcón; de un interior se escapan risas cosquillosas de mujeres provocadas por el Bocaccio moderno; dos guardias taconean lentos, arrebozados en sus capas negras, de vueltas granas, que apodan «huayruros» por parecerse el uniforme al bicolor de las semillas que venden las kollas contra el aire maléfico; y de una hospedería se escurre, a luz de candil, el punteo de un charango entre el run run de la fabla amestizada.

Y así torno, sin desentrañar el secreto de la ciudad, por la portalada del hotel.

Pero quedo al acecho...

Y otra noche, desvelado por unas flores que absorben el poco oxígeno de la pieza, siento ruido en el corredor volado que da a la plaza del Regocijo. Suaves empujones en mi puerta hácenme pensar en vecinos cufifos que buscan «su dormida». Son las dos de la madrugada. ¡Y lejos estoy de la sorpresa mágica que irrumpe allí en llanto de yaraví!... ¡Una música que creo soñarla!

—¡Despierta! ¡Serenata!—dice en asombro mi mujer.

Sigo indeciso, en un semi-sueño, escuchando las notas agudas y conmovedoras.

—¡Levantémonos!—vuelve a repetir la voz de asombro. ¡Serenata nos dan! ¡Es lo que llaman un «gallo» los cuqueños!

Abro. Es toda una orquesta de maestros, que sacan su alma de grandes músicos, creadores e intérpretes, para entregarnos en la noche andina, el llanto puro de la raza keswa. El canto del saxofón se aisla como si fuera un embudo por el que se colase el alma entera de la ciudad inka; es un quejido desolado que arranca del espacio un polvillo cósmico para deshumanizar su dolor profundo. El que lo toca es algo más que un maestro. Es un escogido. Sobre la noche plácida la piedra, por encantamiento, parece ablandarse y entregar el secreto con que sus artífices la trabajaron. Tal es la fuerza persuasiva con que disuelve las partículas del granito para extraer las gotas de sangre de la humanidad desaparecida. Esos violines y esas guitarras que le acompañan parecen encontrar el sonido de todos los amores contrariados y darle al destino su capacidad de amar y de agradecer.

Y en los tres motivos musicales de marinera, yaraví y huayno, la noche del Cusco resucita su alma, dormida en el día, y deja el mensaje de los chasquis, el kipus indecifrado, que el último inka no alcanzó a promulgar.

Queda en mi emoción la imagen del caballito de totora. Es un lamento puneño que vaga, como sus balsas trenzadas con el esparto lacustre, por las azules ondas del Titikaka:

Cuando mi caballito de totora
se mece sobre el mar,
como siento el anhelo de lanzarme
rumbo a la eternidad.
Alcanzar aquellos dorados horizontes
y seguir más allá

por el camino azul donde se pierden
los que no vuelven más.

Si, en la serenata está toda esa embriaguez de espacio, de nostalgia a la divinidad perdida, de vuelo astral que el indio agita en su única esperanza!...

¿Y ahora cómo olvidar los nombres de los buenos amigos de la «Orquesta «Ccoscco» que me hicieron fraternal revelación del alma de la ciudad inka, que civilizó sin conquistar?

Baltazar Zegarra, el del saxofón;
Roberto Ojeda, la guitarra;
Abarca, el violín;
Vidal, el canto;
Aguirre, alma.

V

PUPILAS DE AMANECER

Antes que todo quiero ver a los súbditos del Inka en esta madrugada ciudadana. El Cusco con sus monumentos coloniales, asentado sobre muros de pedrones incaicos, es sin duda un museo estupendo en nuestra América saqueada: Las puertas de los templos están abiertas y los feligreses comienzan a entrar. En las paredes de espejos de Santa Clara se mira la mañana jubilosa de sol. En San Francisco estallan petardos y cohetes preparando la fiesta del santo. Pero esta humanidad que me arrastra en el tumulto callejero, y se vacia por el Arco hacia el Mercado, que me mira indiferente desde la ventana del poncho y las sombras de las monteras multicolores, no puede confundirse con el pasado arqueológico, aunque la piedra siga influyendo en los rostros, les comunique su rigidez orgánica y su mueca de silencio, y haga que sus cuerpos caminen hieráticos como estatuas andantes.

Estoy entre ellos y ni parecen darse cuenta de que existo. Ante una vitrina se extasian largas horas contemplando el dije de tienda o de baratillo; obstruyen la puerta de un tendajo de chola en la prueba de una kena, sacando sonidos a varias cañas; se sientan en la calzada a «pijchar» (7) su coca; pasan

(7) Mascar la coca con la llipta o piedra de ceniza que precipita el alcaloide.

con tranco rebotante cargando a la espalda el poronko o tacho de chicha; las mujeres en cuclillas, junto a sus ventas desmirriadas, hinchan sus polleras como florones que revientan al sol; en una esquina descansa un indio de la puna con el hato de llamas, las que dominan la calle con empaque de princesas encantadas. Todos se mueven con la rapidez de abstracción intelectual que entre los blancos no tienen tan intensa ni aun los niños. Fluye del interior de sus cuerpos una fuerza armónica intuitiva que les inmpulsa a actuar en una forma secreta de colectivismo. Ellos parecen vivir, como sus antepasados gloriosos, luchando por la superviviencia estética, sexual y económica, de un mundo tan humano que se revolvió en contra, cargándose en signo negativo. Sólo se mantienen en una energía instintiva de resistencia para asimilar las culturas extrañas. Y eso que tachan sus enemigos de opacidad espiritual es, precisamente, la más formidable fuerza ancestral preservativa de los kechuas. No hay más que un sólo rostro y un pisar desnudo sobre el guijarro del cual puede florecer la humanidad de América.

He observado a un indio, sin pasar de los ojos. Hay en sus pupilas un aura de amanecer que todavía no llega a cuajar su vida. Tiene la expresión de la ausencia en su mirada como si nos viera desde muy lejos, y la sonrisa que la acompaña es una sombra estereotipada, igual que en la arcilla de los vasos naskas. Acércome más y aquel mirar se torna dócil, suave, casi femenino.

¿De dónde viene esta pasiva entrega? ¿Son acaso golpes de astucia indiana al contacto violento con el blanco?

Yo escruto estas pupilas que traen de la piedra su imán dormido. Siento el universo que nunca supo de las verdades convencionales ni de las especulaciones del intelecto, y al asimilar su contenido anímico viene a mí la verdad, única y primitiva, que nada niega más allá del bien y del mal.

La ciudad nunca puso en contradicción a la mirada con su mundo de esperanzas. El imperio de la arquitectura urbana jamás desposeyó a sus pupilas de la esencia de su propia adoración. Y cuando ellas caen, sumergidas de éxtasis en las iglesias católicas, no aciertan a dilucidar la extraña aleación que las conmueve, y en las que se amalgaman el espíritu de Wira-kocha y Pachacámak con el Dios, a la vez terrible y blando, del tata cura.

Hombre de las tierras altas, no tiene otra réplica a la en-

trega dócil que ese hondo sentido religioso que mana de los propios hontanares de su vida animada. Para encontrarse en el extremecimiento de su mirar habría que volver a las fuentes perennes de la vida, a la emoción creadora, a las comarcas de nubes puras como pensamientos infantiles. Porque allí está el punto céntrico de su fe en las energías cósmicas, figura los símbolos atrayentes y arcanos; nutre el afecto de sus intimidades sociales y ese singular sentimiento de lo bello que nace en su interior.

La montaña le ha dado su voluntad de espera y su fuerza plástica de masa humana, cerca del ayllu y del ídolo totémico.

VI

MISA EN EL TEMPLO DEL SOL

He visto el amanecer en las pupilas del indio y ahora camino en busca de la misa pagana en el Templo del Sol. Porque, ¿cómo no arrodillarse ante estas pocas hileras de piedra que todavía quedan a la vera del adoratorio mayor de los Inkas?

Siento que una fuerza me empuja hacia allí como si los relatos del Koricancha, que oyera en la infancia, volviesen a vivir en la imaginación, después de tantos años, con una fuerza nueva de realidad. Es una visión que baja, como en los libros santos, del cielo mismo. El lago sagrado, de donde nace Manco Kapac, se refleja en el espejo celeste, y me parece verlo descender con el cayado de oro, camino de los valles, en busca del lugar donde se hundiese toda entera su barreta mágica, apenas tocase el suelo, para fijar la ubicación del centro del nuevo Imperio.

Y este Templo del Sol, que voy a ver, se une a la teoría de su trono de oro, de sus muros de oro, de su jardín de oro, de sus fuentes de oro, en el eterno renacer del hombre en persecución de la humana dicha.

Ya contemplo el bastión de su torre cónica, el muro pulido y negro que sustentaba la imagen solar, hecho de piedras, que en sus uniones forman radios de círculos dobles. Y cuando creo entrar en la leyenda viva, las campanas de bronce de

Santo Domingo sofocan mi emoción pagana, llamando a la misa católica en un nuevo florecer de la piedra inka.

Me detengo en la Plazuela del convento y penetro por la calle de Awajpinta, rozando los muros que lo circundan, y como no acierto a desentrañar ningún secreto, paso mis manos por las piedras cúbicas, maravillosas en su pulimento y ensambladura. Arriba está el tejado, el alero español, haciendo sombras a las ventanas claustrales; especie de cancerbero ante el muro sagrado y vital.

Vuelvo a la portería donde espero la respuesta del recado que envío con el hermano menor. Estoy con mi mujer pensando si la dejarán pasar al interior a ver las ruinas. Entre tanto observamos algunos detalles que nos parecen enormes profanaciones: los muros de piedra han sido pintados encima para imitar el mármol. ¿Es posible? Pero no seguimos la sorda protesta porque el hermano abre la puertecilla haciéndonos pasar. No tarda en venir el Provincial en compañía del padre Semanate, el sabio geólogo ecuatoriano con quien viajamos en charla desde Julíaca. Los domínicos nos acompañan por el gran claustro.

—Tenemos licencia especial para que las señoras puedan visitar el convento—me dice el Provincial—concedida por las recientes fiestas del IV Centenario.

El provincial es un hombre joven, de perfil casi griego, con algo en el rostro que lo asemeja al San Juan de los Evangelios, más varonil acaso: y, como nos sabe a turistas, fluye en él un sentido de arqueólogo, un entendimiento con la tierra removida que pisa y de donde emergen algunos restos del milenario templo.

El claustro nada me dice al espíritu; confieso que estoy en pugna con el sentimiento místico; que estos grandes cuadros de la vida del santo no me interesan; y que mi impulso, si estuviera sólo, sería correr hacia el descuidado jardin, a pegar mis oídos en la tierra, para escuchar el rumor de las hojas de oro, desprendidas de los árboles del santuario inka, o a escarbar como los escarabajos en busca del filamento o del estambre de una flor del culto sabeista.

Acaso el Provincial comprende mis preocupaciones, porque no insiste en los asuntos religiosos, y me lleva al centro del patio, donde una fuente remeda el tazón granítico que guardaba el Akja o bebida de maíz que se empleaba en las libaciones litúrgicas.

El Provincial es también un convencido de la esplendorosa civilización. Mi sentimiento evocativo lo hace entregarse confiado a cometer el pecado panteísta de adoración.

En la crujía del claustro, simulando celdas, está incrustado un lienzo de piedra. Es el resto de uno de los adoratorios, que guarda todavía los cinco nichos trapezoides, tallados en el muro pulido.

—Este es el adoratorio del Rayo—me explica el Provincia—el «Illapa» de los inkas; el que sigue es el Arco Iris o «Kuichi».

Me acerco a tocar este muro, que mana fuerza esotérica; se eleva en rítmica inclinación, disminuyendo de altura cada hilera de piedras, como si buscaran en la gravitación un factor de resistencia eterna.

Ahora un pasadizo nos separa de dos compartimientos maravillosos: uno, dedicado a la Luna o Mama Killa, y el otro a Venus o el Lucero, que llaman Chaska. (Sala Capitular). Nada más sugestivo y arcano que esas capillas del templo del Sol. Pasan a la vista imperceptibles las ensambladuras de las piedras que han sufrido el alisado de su paramento después de colocadas. El almohadillado desaparece hasta que las junturas quedan en el mismo plano, tan unidas que no cabe un alfiler, como listas para ser recubiertas o laminadas de planchetas de oro.

—Es tal vez el último estilo inka—me dice el Provincial—el más perfecto en el tallado de la piedra. Sin duda la invasión española interrumpió el trabajo del artífice indio.

Queda silencioso, recogida sus manos en las anchas mangas del hábito, y luego camina hacia el vano de una puerta para mostrarme una cuñeta de piedra triangular, curiosamente incrustada entre los bloques.

—Puede ser el distintivo del artífice que la construyera—insinúo.

—O un amuleto—me contesta.

En el muro del fondo de la capilla están ensambladas tres hornacinas trapezoidales, como si ese número tres se repitiera en forma simbólica frente a los otros muros circundantes.

—¿Serán las tres ventanas de los hermanos Ayar?—le pregunto, recordando el mito que se realizó, según Sarmiento el año 565 de Jesuscristo.

El Provincial se sonríe.

—Esas tres aberturas son las mismas—continuó—que llaman las Tres Ventanas en Machupijchu.

—¡El Tampu-Tocco!

—¡Exacto! ¿Y qué objeto cree, padre, que tendrían esas alacenas?

—Allí colocaban posiblemente—me responde—los objetos del culto de sus dioses.

Pronuncia las palabras últimas con elevación de alma. ¡Sus dioses! Y al decirlas deja fluir de su interior, acaso revocando más de un voto, el sentimiento de la tierra indo-peruana, el deseo de afirmación del espíritu religioso de la raza kechua en la primitiva fuerza del Dios.

Yo me quedo pensando en la frase que atrapo del Provincial del Convento domínico. Han pasado cuatro siglos. Sobre estas ruinas removidas el empuje católico de la conquista alzó el monumento de la Cruz cristiana; esas capillas se libraron por misteriosos designios del fanatismo trágico que no dejó piedra sobre piedra; día y noche cayeron desde el púlpito los anatemas contra los falsos ídolos del Imperio muerto, y en los confesionarios lloró el indio su pecado de indio. Y hoy, en el renacer de la esperanza del mundo, vuelve de los cimientos reremovidos de estas capillas, a oirse la voz de la justicia por boca de uno de sus provinciales. Es la tierra que de nuevo pone la muda adoración en los labios del místico peruano.

¿Es una fuerza vengativa la que asoma inesperada a su alma? La tierra removida se enfrenta con el cosmo equivalente; impregnada del espíritu indio fluye de las junturas invisibles, obrando con lentitud para afirmar la tremenda supervivencia del hombre antiguo. El Provincial cae vencido por la gran inercia de la sequedad mística que retorna con la presencia de lo impulsivo que mana de la tierra.

Yo ahora lo dejo ir por el Convento.

Entro a la iglesia y luego salgo del ábside, por detrás del altar mayor, hacia las murallas del torreón como proa de barco. Estoy en el pequeño montículo que domina hacia la ribera izquierda del Watanay, donde se extienden las andenerías que aislan el templo. Desde allí el pueblo adoraba el disco de oro, imagen del Sol, que en los ocasos se exponía en el torreón para el culto público.

—Aquí está la argolla donde se ataba el disco—dice el padre, mostrando el engarce de piedra tallado en la parte alta de la torre.

—¿Dónde estará ese Sol?

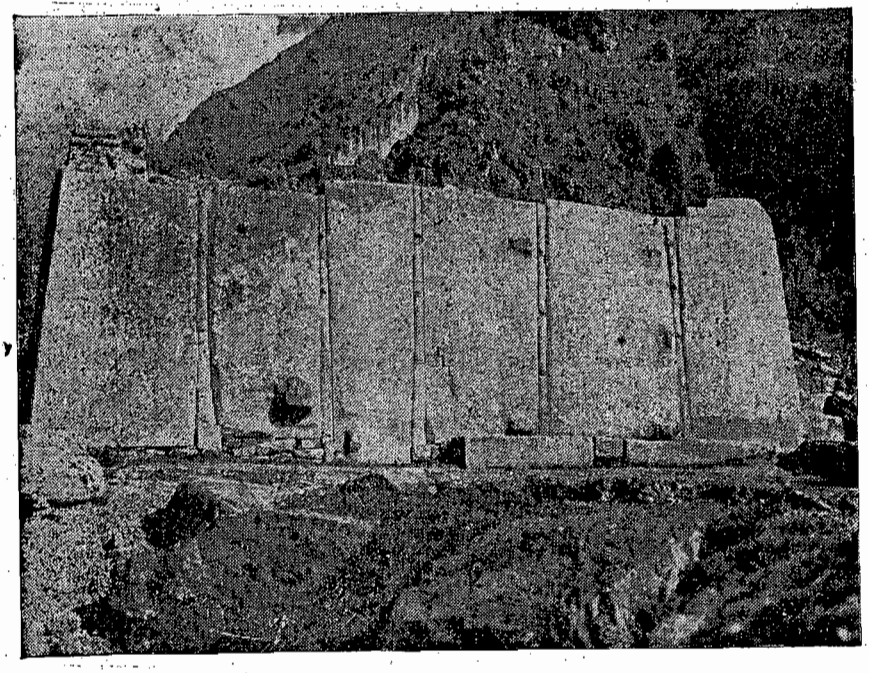
—Según algunos cronistas—me responde—vino a caer durante la conquista en manos del español Mancio Sierra de Leguísamo, que se la jugó y perdió en una sola noche. Acaso ese episodio dió origen al dicho de que «se juega el sol antes que amanezca» Pero en el reparto de doce millones de pesos castellanos a que ascendió la presa del Cusco, en 1535, hubo otra imagen del Sol que correspondió a este. La imagen verdadera del Koricancha fué ocultada por el Willa-Uma en Wilka-pampa, llanura sagrada, y cuando la descubrieron, cuarenta años después, el virrey don Francisco de Toledo, la envió a Felipe II con una carta fechada el 9 de Octubre de 1572. ¡Acaso era la última reliquia de este templo en tierra peruana!

—¡Y hoy fundida en los lingotes del Banco de Francia o de Estados Unidos!—le replico sonriendo.

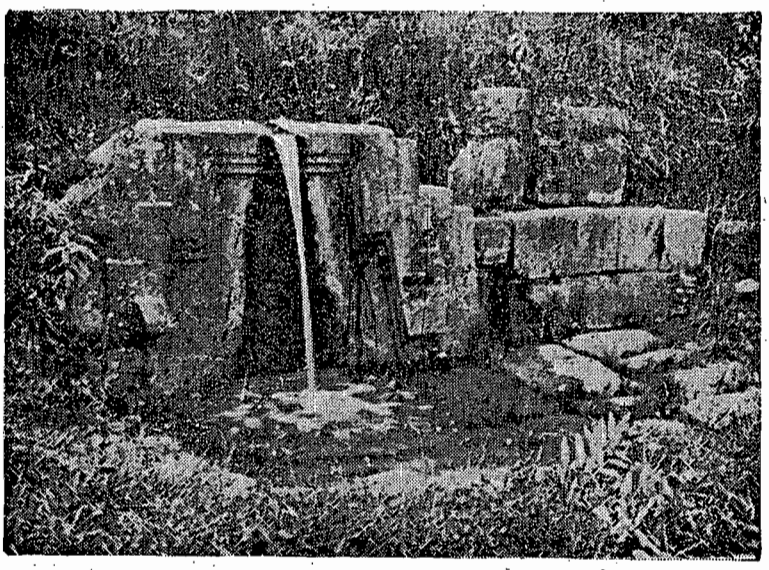
He vuelto a penetrar en la iglesia. Las puertas acaban de cerrarse a los feligreses; cuélase un viento frío por las naves que se lleva el incienso de la última misa; en los altares las imágenes, se opacan en la penumbra, oscurecidas por los brocatos de sus ropas.

Cierro los ojos porque la imaginación quiere substituir el templo católico por el subsuelo del Koricancha. Hay una fuerza inmamente que me lleva al seno tenebroso de lo primitivo, donde se enmarca el gran cuadrilátero que guarda los espíritus de los antepasados nativos. En el sitio que hoy ocupa el altar mayor ciega la luz que mana de una plancha de oro. Es la cara humana del Sol dentro de un círculo del que parten rayos tachonados de estrellas de plata. A la derecha aparece, en connubio de astros, la diosa Luna o Mama Killa. Su rostro de mujer, con sonrisa de madre capullana, brilla en el disco de plata que circunda una diadema constelada de estrellas de oro.

En la nave lateral, inmediata a la imagen de la Luna, salen de los muros en desfile de gigantes los monolitos de piedra adorados por las diferentes comarcas conquistadas. Asoman por las hornacinas con ojos vivos los seres mitológicos que decoran los huacos sagrados de los alfareros de Tiahuanaco y de Nazka. Se recoge en bólido la eternidad del espacio. Es el mundo suprasensible de los sacerdotes. Se escucha el leve rumor de los pies descalzos. Las doce estatuas de los emperadores, que están al fondo, a uno y otro lado del pórtico, contemplan al padre poderoso en mudo ruego. Son los chuqui-huancas in-

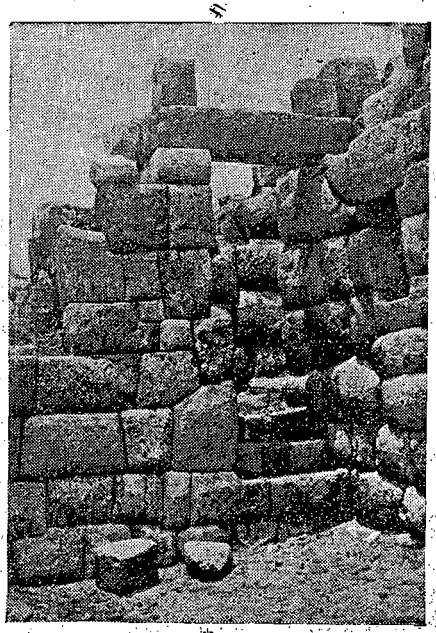


Seis soberbios bloques de granito, de porfido rojo, que coronan la fortaleza de Ollantaytambo, con un estilo similar al de Tiahuanaco.



La fuente llamada de la Ñusta (o princesa) en Ollantaytambo.

El Dr. Luis E. Valcárcel, Director del Museo Nacional de Lima, junto a una de las ciclópeas murallas que descubrió recientemente en Sacsahuaman.



Portada de uno de los edificios religiosos que se acaba de descubrir en la ciudadela de Sacsahuaman.

caicos de oro maciso. Se elevan sobre sus momias para prolongar su ejemplo.

Todo se mueve en las nebulosas capas ancestrales. Bajo estas losas está el espíritu vivo de la tierra que encuentra en el Provincial del Convento un instrumento afinado para transmitir sus designios. Lo veo que me espera meditativo y que su inclinación ante el Santísimo tiene vislumbres litúrgicas y éxtasis de Sol.

Abre la puerta que enfrentaba la estatua de Manco Kapac, y el abandonado jardin claustral irradia en la visión con luz de «jardin divino», donde en comunión fantasmagórica se encuentran cinco fuentes de oro en un bosquecillo de flores, yerbas, maizales y quinuas, de un mundo de aves y mariposas, de animales y sabandijas, todo en perenne quietud de obra de arte, en gracia de creación, en canto panteísta a la naturaleza. Temblor de láminas finísimas, estambres y hojas ilusorias, troncos de árboles como vetas ricas de metal. Oro escogido de llampus y minas. Oro de tributos y conquistas. Oro sagrado para el Sol del Inka.

—Aquí estaba... digo, al Provincial, sin terminar la frase.

—Si, el Willca-Muya, un joyel de orfebrería. La fuente del centro representaba a la Hararanca o lagarto, y las otras a la culebra, al dragón y a la víbora.

—No hay imaginación para reconstruir este templo.

—Ni las habrá—me replica el Provincial—como no las hubo ni en Jerusalem, ni en Roma, ni en Persia, ni en ninguna otra parte del mundo, al decir de Cieza de León, nación o rey que fuese dueño de tanta riqueza de oro, plata y piedras preciosas, reunidas en un sólo conjunto semejantes a las de este templo.

Hemos venido de regreso por el corredor. La arquería esbelta se repite en el doble juego de pilares del segundo piso claustral, como espejeadas por un agua de fuente, y esta perspectiva en los arcos llenos de luz, deja un refrescar de ensueño en la imaginación recalentada.

Ni un monje por los pasillos.

Paso a una de las celdas de los sacerdotes del Sol donde firmo un libro de visitas.

Al despedirnos el Provincial queda en actitud celadora, como si sopesase en la conciencia su amor por las piedras del santuario inka.

Afuera la torre ya no parece la eterna vencedora. Hay, en la teoría churrigeresca de las columnas y del chapitel, prendida una llama del medioevo que hace más hondo el cántico de sus campanas. Hasta la cúpula sube por el granito el fluído de la base milenaria que alienta el espíritu de los adoradores del Sol.

VII

EL PATIO VIVIENTE

Esta calle empinada en talla de escalones, que lleva al alto de Santa Ana, me hace misteriosos llamados. A paso lento voy adentrándome, subiendo los peldaños de rústica cantería, y descansando en sus pequeños andenes. Las esquinas, toman el nivel afirmadas sobre gigantescos pedrones, y hacen que las viviendas crezcan y los balcones volados se peguen a los tejadillos. Subo y siempre se levanta la perspectiva de la calle como la llama cuando echa atrás su cuello orgulloso.

Me arrimo a las paredes calizas para dar paso a las recuas de asnos y de llamas que vienen de los valles o bajan de la puna, cargadas con fardos de coca y «llantas» de charamusca y cebadas en espigas. Es calle de trajín rural. A mi paso pulso el ritmo colectivo del comercio que menudea en cada puerta, en cada zaguán y patio.

Traspongo el umbral de la picantería «La Flor del Norte». Vengo huyendo de la curiosidad de los vecinos. Es barriada de indios y rara vez un blanco trepa por sus escaleras. Al fondo me recibe acogedor el patio. No es este el de la casa limeña, poseído de grandeza virreinal, con sus escalinatas de Trianon, y que en la fuente de azulejos polícromos, deja entrever el desgano moruno; ni es el patio jardín de las casonas de Arequipa, refugio dilecto de musas, y generador romántico de gritos de rebelión. El patio, donde estoy, es vital y arcano a un mismo tiempo. La vida late noche y día. Tiene sobre los otros la sugestión de encerrar en su cuerpo cuadrado el calor humano y sufriente. El suelo indígena ha reaparecido sobre el solar castellano y sus piedras milenarias rebullen por acomodarse en la primitiva cancha.

En el destartalado patio sólo hay un gran mesón, donde se acomodan los indios que conversan en voz baja, sentados

en burdas bancas; frente a ellos, hierbe en el grueso «bayo», de vidrio, la chicha remadura.

Están cabizbajos algunos, otros apenas mueven los labios, con sus cabezas erguidas, sin atender al trajín de la puerta; en el suelo sus mujeres, echadas sobre los pollerones, desvaídos de color, escuchan como apesaradas.

¿Qué conversarán? ¿Un nuevo problema del gamonal descontentadizo? ¿El robo de un cordero? ¿Del impuesto a la coca? ¿O son familiares del algún ayllo cercano que han venido al pueblo a celebrar la venta de la cosecha o el nacimiento de un hijo?

Hablan; entre ellos sólo está el cielo y la tierra, la ruta del sol y la ruta de la raíz.

Llega al patio una tropilla de llamas, adornadas con aretes y collares de lanas multicolores, que encuentra en un rincón refugio inmediato.

Se siente en el patio algo invisible que los proteje y defiende del mal aguero. Todo se acomoda en forma íntima y sutil, en juego con las piedras, con los muros y los tejados. Es el regazo del poncho que cobija el pecho humano, y donde el indio músico trae prendida su kena. Porque uno de ellos saca una caña de entre sus ropas y se pone a tocar un yaravicus que, en melodía simple y tierna, ata a los corazones de a poco en una cadenilla pastoril.

Sigo subiendo los peldaños de la calle y en cada puerta me sorprende un patio que se equilibra en las sinuosidades del terreno, siempre bravío y humano entre el enjambre de rapazuelos que brota junto a los yerbajos y restos de aluvión.

Hay, en ciertos patios, un bullir de tambo primitivo, de caballeriza y de venta, que late como si esperase el recado relámpago del amo. Estos patios que diviso desde las puertas, algunos con balaustradas de piedras sobre el andén indio, y que rememoran un origen castellano con su atrio o escalinata, muestránse impregnados con la sugestión del ambiente cusqueño. Olor que no olvideré. Olor de paja, humo y coca. Allí remansa su humanidad igualitaria calentada con tapices de vicuña y tejidos de kaito; allí alienta el fogón y el poyo de barro, cuna de la faena del día; allí flota a los vientos, en el mástil de la puerta, la banderola blanca o roja, que anuncia venta de chicha; o el canasto, avisador del pan; y allí la indiada granea la frase amiga del «buenos días, taray».

Ya estoy en el final de la rua, en los extramuros del Cus-

co, perdido en el polvo de las caballerías que parten por el camino a Chinchaysuyu, Jauja y Quito. Más arriba queda la explanada de Santa Ana en un collado del barrio incaico de Karmenka. El torreón, de barro y piedra, del campanario, aparece aislado del cuerpo de la iglesia como un vigía que se adelantase a escrutar el horizonte. Abajo queda la ciudad con sus patios vivientes y geométricos, de cuya entraña nace otra vez el pueblo que germina en lengua kechua su liberación.

VIII

EL CERCO DE LOS MUERTOS

Es una cadena de monolitos que avanza sobre montes, llanadas y ríos. Se pierden en las sombras los misteriosos cuerpos que los traen en miraje hacia los cuatro confines. Nadie sabe de dónde sacan su vitalidad conductora, ni de que están hechos sus hombros, ni sus vientres ni sus piernas. Por la dirección de la marcha suponen que vengan de las cuevas sagradas de Tampu Toko, impulsados por el aliento de los «Waukes» o de los cuatro hermanos Ayar, que llevan la delantera disparando pedradas para aplastar cerros, abrir valles, y si es posible llegar con sus tiros hasta las mismas nubes. Es una sola fe la que empuja esos bloques megalíticos desde canteras remotas, un solo gran transformador del universo el que con su espíritu deja en el remache monstruo de la cadena una metrópolis, a ras del cielo, en Machupicchu; una ciudadela en Ollantaytambo; un adoratorio sarcófago en Kenko; un baño lustral en Tambomachay; una fortaleza en Sajsawaman, y en Pisac una supervivencia en el más allá.

La cadena de monolitos trae a la zaga, en vigilia continua, las generaciones humanas en otras cadenas de sudor y sangre, que entregan la vida en el esfuerzo gigante, al són de los yaravis y huaynos. A su paso surgen de la ciénaga, en siembra de sol, los andenes simétricos, los reservorios y corrientes de agua, la arquitectura uniforme y recia de las construcciones, los santuarios y tumbas engastados en los roquedos.

Es una marcha de resurrección del mundo primitivo que nace de la piedra, cuyas partículas humanas que los forman están rígidas en su sitio, nutridas de sangre mineral, los mús-

culos recubiertos de su corteza pulida, en expresión dura y vertical tras el empuje ambidextro, que adelanta a los siglos su predisposición al moderno dinamismo. Porque estas masas humanas mueven realidades, crean y procrean el mundo de su propia fuerza al dominar la naturaleza y modificar el paisaje.

Desgajados de cimas y canteras los monolitos descienden todavía por planos superpuestos, en espera de la humanidad que los coloque en el lugar que signárales el gran transformador Pachakutec, cuyo último soplo vital faltó a la «piedra cansada» de Ollanta, un kilómetro antes de llegar a la fortaleza, haciéndola llorar sangre, no se sabe si por la flaqueza de los hombres que en su impotencia la atormetaban o por su propio dolor de peregrina. «¡Saycunin!» «¡Me cansé!» gime la piedra echándose en el camino sin que hasta ahora haya habido fuerza humana capaz de sacarla de su inmovilidad.

Y es así como la marcha de los monolitos no termina aún. Sajsawaman asómase por las quebradas vecinales al Cusco en reaparición simbólica de la raza. Es el fantasma más cerca de pétrea cadena que empieza a diseñar su forma, después de cuatrocientos años, en fragmentos de callejas y plazas, de muros y trincheras, en misterioros cimientos de torreones y santuarios por los que se bifurcan acueductos rotos, que la venganza de la conquista había enfangado y destruído.

Luis E. Valcárcel guía nuestros pasos cautivos en el laberinto de portadas y pasadizos. Es un poeta y un arqueólogo, en fusión creadora, para que estas ruinas tomen su verdadero sentido estético, y puedan desnudarse ante el mundo en la epopeya racial. Ha nacido predestinado para interpretar las piedras de su cuna. Lleva dentro el espíritu de los manes ilustres, ansía cósmica de buscar la conexión a la civilización perdida con los nuevos indios, y de tornar el patrimonio en el desquite de la tierra.

Día a día el cerco de los muertos es más fuerte. El hombre en la montaña inmóvil no se desprende de la piedra sagrada y persiste para que su instinto sea fiel a la sustancia primitiva, de donde vino a crear su mundo impersonal. Los símbolos cautivantes y arcanos de su mitología sirven a la emoción creadora y preparan la lenta absorción del indio en una nueva mística. Ya los muros incaicos con hornacinas para mártires cristianos no determinan el fin de aquel pasado. Sus músculos tensos empujan otra vez el megalito enorme y musgoso que ha de insuflar en los campos su resuello vital.

La «piedra cansada» empieza a vislumbrar, por las vetillas donde cuajó sangre, coágulos de piroxena, síntoma de que entra a una nueva vida, y de que va a emprender la marcha interrumpida.

Los monolitos vuelven a salir desnudos a flor de tierra. El sol reaparece en las caras de los cuadriláteros, en signo de uniformidad de las creencias; el puma adquiere en el relieve el mismo movimiento de la culebra. Torna el Dios del Kuntisuyu a la piedra como la divinidad perdida. Torna el Kuntur-Ticsi (Cóndor Fundamental) a su poder embriagante de altura. Sobre la tiyana o trono del Inka se asienta la fuerza creadora del espíritu, exaltada por el tabú, y de cuya liturgia nace un arte de desenterradores que realizan su sueño en rectángulos y planimetrías.

La marcha trunca de los monolitos recomenzará al caer el mundo antiguo como el arte de América se perfila al liquidarse el antiguo. En la tierra fresca y salvaje de los Andes está viva con el alarido humano la piedra paleolítica, que vuelve a adorarse, no en idolatría sino en serenidad racial. Está en el nimbo glorioso de la mitología de Wira-Kocha Dios y su predominio ciclópeo no se confunde en la gloria humanizada de los padres de Wira-Kocha Inka. Pero se comprenden y se suceden en la uniformidad arquitectónica como en una correlación de símbolos.

Los muertos cercan con las cadenas monolíticas y fluye de sus junturas el espíritu de la lengua kechua, cuyos kipus y palabras vivas quieren explicar el mensaje de paz, que siempre tuvo durante la expansión civilizadora. Porque estas palabras como sus hiladas de piedras, todavía atan el alma de América, en los cuatro confines del Tahuantinsuyu, con llamados misteriosos que surgen en el canto familiar de afecto y reposo, en topónimos y lenguas de Colombia y Venezuela, por el norte, y por el sur, hasta los confines meridionales de Arauco y del gran Pampano.

Y así las piedras de los muertos siguen gestando vidas.

IX

LA MARIA ANGOLA

¿Dónde estamos, esposa?... Blom!...Blom! Parece un sueño. Es la campana mayor del Cusco...Ya no la olvidaremos...¡María Angola!...Blom!...Blom!.... Seguiré mi camino. Seguirás cantando en tu aleación de oro y bronce... Blom!...Blom!...¿Dónde estuvimos, esposa? ¿Recuerdas?

—Si, ya está lejos todo...

—¿Volveremos a oirla?

—Basta llevar dentro las imágenes...

—Y escribirlas...Pero ya no tocará la María Angola para nosotros ni aquellos amigos nos darán el calor de sus manos fraternas...¡Cómo va pasando el tiempo que viví escuchando la campana mayor del Cusco! ¿Qué otra campana del mundo podría darme su voz?

—¡Ninguna! ¿Recuerdas? ¡Qué distintas sonaron las campanas de Arequipa! Podría imitarlas. ¡Sonido de plata! ¡De luz! Pero la María Angola no. Su voz no se puede comparar.

Si, y en las campanas de América la María Angola también es la mayor. Ella da el tono de la ciudad; y es la que más se acerca al sonido metálico de la piedra misma. Tiene el golpe pausado del andar de sus indios y cholas. Tiene el reposo dulce de sus gentes. Tiene el llanto de sus niños que nunca lloran.

Cuando canta la María Angola se callan las hermanas menores; la mercedaria; la franciscana; la domínica, opacada por la trizadura que le dejaron los repiques de gloria de Ayacucho. Se silencian San Cristóbal, San Benito y San Blas. Sus ondas fluyen de la Catedral y llevan, en los cantos gregorianos, brisas de los andenes del Sol y yaravíes de los pinkillos hasta las más distantes comarcas.

¡Y suena con voz de madre! Porque en la María Angola bautizada supervive el drama de los orígenes de la mujer india que encuentra en ella su fuerza sojuzgadora. Todo el oro que la madrina vacia de sus arcones de España, para que el sonido se funda en pureza eterna, proviene de las minas del gentilicio. ¡Y así nace con el secreto de la Madre Tierra! Su canto va a heredar el espíritu actor de la antigua capullana no ya

para imponer su predominio económico sino para hacer oir la voz del nuevo credo.

El oro llama el oro de las almas. Adentrada en los siglos católicos la María Angola entra también en el corazón del indio, que cae de rodillas ante el señor de los Temblores. Sabe aplacar los odios lugareños y sofrenar las iras de mitayos y yanaconas.

En las fiestas de tabla cobra aura popular en las procesiones. Su voz junta a todos en un mismo voto de ruego y regocijo. Es la migaja matriarcal. En el repique profundo de la María Angola asoma la divinidad femenina llamando al culto igualitario; la voz de la madre domesticadora de los vagabundos que ya nada tienen que defender.

¡María Angola! Yo siento tu voz bajo las naves que te sustentan. Cuando cerca de la hora del capítulo un canónigo pasa a mi lado y me mira de reojo, como a un intruso, casi me conduelo más. Porque él, antes de repantigarse en el coro, donde se necesitan varias vidas para realizar el tallado de cada sitial de cedro, puso una indiferencia profana. El canónigo nada sabe de esa paciencia que no volverá nunca más a la humanidad desenfrenada.

¡María Angola! Yo siento tu voz cegado por el brillo del altar de plata. Es en esta constelación, que aflora de los lozas, donde revive el tesoro del Inka en manos de Dios. ¡La custodia de oro y piedras preciosas de más de un metro de altura! Comprendo la belleza de estos objetos del culto. La herencia florece en altares y misales, en candelabros y blandones, en carros y andas de plata repujada; es con el martillo del orfebre indio que se produce el milagro ornamental para moldear, por segunda vez, en sagrado.

¡María Angola! Yo siento tu voz mirando este Cristo hecho por Van Dick. Aquí está el mensaje de arte cristiano del mundo subyugado por la emoción de tus dobles. Y veo, en la sacristía, bajo rejas de hierro, el divino cuerpo en seducción y belleza terrena, más lleno de luz celeste. y con menos tormentos de agonía.

El recinto está en penumbra, sostengo a las rejas un candil que me entrega el rapazuelo de la sacristía. Ante la luz aparece el cuerpo como si tirase despacio el sudario de sombras. Hay una machacadura de carne espiritualizada; embriaguez de forma y sentido humano. Alguien ha querido llevarse la figura santa. La tela está rebanada en torno del marco. El ra-

pazuelo me explica que estuvo a punto de ser sustraída, y que solo un milagro, alguna visión extraña del ladrón, pudo obligarlo a que la dejara detrás de una de las puertas del templo.

Yo pienso que es la voz madre y previsora de la María Angola.

Su canto ampara. Tiene el llanto de los niños que nunca lloran.

Así, en el Cusco, la campana mayor de América, amasa y cuece el pan del nuevo indio, dándole voz de oro y brisa de los andenes del Sol que llegan hasta las comarcas más distantes.

¡María Angola! Yo te siento tocar en mi corazón cálida, honda, vibrante,...hasta el fin de mis días...

X

MACHUPICCHU (1)

En la estación término de La Máquina, donde para el autocarril, un hito marca 110 kilómetros del Cuzco, lo que quiere decir que estoy internado a casi mil kilómetros del litoral. Es el corazón mismo de América este gigantesco desfiladero del Cañón de Urubamba. Siento la boca de la selva que echa sobre mi su aliento quemante. El aire está impregnado de un vapor caliente que unta de humedad la piel. Las montañas apenas separan sus picachos para dar paso al río sagrado que avanza arrollador hacia el Amazonas. Al canto de los arbolados se enfila el pequeño caserío, construído sobre estacas, que lo alzan de la tierra roja y caliente. Por sus paredes, de tablas espaciadas, vislumbran los cuerpos el trajineteo interior, y a las ventanas de colmena se asoman ojos enmielados de mujeres y niños. Abajo, a la sombra de las viviendas, se apilan sobre los mesones guayabas perfumadas, plátanos de seda, granadillas y naranjas doradas.

Hago mi provisión, que se ofrece a llevarla un niño rubio, de ojos azules, que surge, como un diocecillo de oro, de entre

(1) Ciudad incaica descubierta en 1911, por Hiram Bingham, y exhumada de la selva que la cubría por los sabios de la Universidad de Yale y la Sociedad Geográfica Nacional de Washington.

el tumulto de rapaces oscuros, que se disputan las pequeñas cargas para acompañarme en la ascensión.

Empieza a llover. Gruesos goterones caen recios sobre la tierra dejando un lunar negro. La marcha hacia la misteriosa ciudad de las cumbres se presenta oscura y difícil. Las nubes se desgarran entre las ramas de los árboles y el agua filtra por los túneles de piedra que perforan el camino. Me queda todavía el puente de palo, en Mandurpampa, para entrar a las faldas del Machupicchu. En la cortina gris de la lluvia cada obstáculo es lo mismo que vencer el dragón de las siete puertas. Sin embargo, la gran aventura se acerca. El niño sonríe, sin hablar; lleva la carga calladito, y con los pies descalzos trepa ágil el faldeo. La contrata de un viajero es una fiesta para él. Vive el cuento encantado de subir a la ciudad de piedra que construyeron unos hombres gigantes que tenían un solo ojo sobre la frente. Y ahora encarno yo el genio que le ha de revivir la historia portentosa. Nunca se arriesgaría a realizar solo la aventura. Durante el día todo es risueño y claro pero sabe que en la noche la selva se torna acechadora.

La lluvia arrecia. Apenas veo el faldeo enmarañado que acaso tiene grutas de hadas; el camino sube penoso y un sudor húmedo se pega al cuerpo; abajo, en el precipicio, golpea en el granito el torrente lechoso del Urubamba. Lo demás es la lluvia que se echa como un palio blanco sobre los follages y vástagos; es la lluvia que oscurece el bosque y pasa por el rostro su viento cálido y perturbador.

En una hora de marcha ascendente la ciudad anhelada aun se oculta entre los bastiones de la montaña. Me siento vivir en el cuento encantado del niño. Negros bultos de caminantes suben la cuesta. Arriba siempre las nubes tormentosas celando el misterio.

De pronto, a una vuelta del camino, una escalera de piedra arranca vertiginosa hasta las mismas nubes. El niño, sin decirme una palabra, me mira con sus ojuelos jubilosos como si quisiera interrogar mi impresión ante la maravilla. Ha subido ya muchos escalones y trisca por ellos como un cabrito montaraz. Parece que esos miles de peldaños, de roca viva, son para sus piernas ágiles el movimiento, la alegría de vivir.

¿Hacia dónde lleva? Fábula pura. Treparé como el niño que toca arriba ya trompetas anunciadoras de feliz arribo. Entro a una terraza, circundada de muros de granito, por cuyas junturas revienta bravía la maleza. Lanzo un grito que es

absorbido por el ambiente. Perdido, siento el vago temor del silencio de piedra que me rodea. Camino vacilando el rumbo. El laberinto de murallas adquiere un orden del cual emana la sorpresa del conjunto estupendo que forma la ciudad. Sólo percibo en la nebulosidad atmosférica el volumen del granito tallado. Por la estrecha calle van perfilándose las construcciones de piedras exágonas, con sus puertas y ventanas trapezoidales; los techos destapados muestran los interiores desiertos, los pisos brotados de maleza donde anidan víboras, los lechos de roca, musgosos, las alacenas talladas en los muros como bocas hambrientas que esperasen el pan, y los morteros donde se apisonaban yerbas medicinales, sirviendo de reservorio a las lluvias. Hay algo de vivo y eterno que fluye de estas viviendas milenarias. Se abre ante mí un dintel monolítico que da acceso a una kancha; de la puerta ausente no queda más que la argolla superior de piedra para el cierre.

La lluvia ha cesado; las nubes pasan vertiginosas dejando penetrar una luz más blanca. El agua empieza a cantar por los acueductos con vida propia. Viene de lejanas cumbres saltando de una terraza a otra. Encuentro una pileta cuadrangular donde un chorro límpido cae en fluir constante; asciendo unos peldaños y aparece en zig zag otra pileta que se conecta con la de abajo, y luego es una sucesión de quince juegos más, en esta gradiente central que me lleva al Palacio del Inka. El agua quita todo silencio de muerte a las ruinas y baja de la altura con la expresión vital del rito y del acto mágico. Estos canalitos internos que las comunican semejan a una arteria rota por la cual el susurro del agua desciende a llenar el corazón de las fuentes gemidoras.

En el cielo tempestuoso se parten las masas de nubes y se arrojan maduradas a diferentes ámbitos. Una espadañada de sol cae sobre las piletas y desde la altura contemplo la teoría hidrolátrica de los chorros sucesivos. Sólo ahora puedo comprender el dulce culto al agua, la manera amorosa de encausarla y distribuirla que tuvieron los antiguos inkas. El tazón inicial está en el Palacio mismo del Jefe; es más pulido que los otros, más alado, más gracioso, y como dicen que es su baño sagrado, finjí en mí mismo el estremecimiento ancestral; la voluptuosidad de la piedra al ser invadida por la fresca y fluída vida del agua.

Algunos tramos más y estoy frente al torreón.

Sobre la peña el gran paredón se incrusta en curva y for-

ma una herradura que en una punta queda libre y en la otra se une a un muro en escuadra. En el salto retrospectivo que me somete han quedado atrás más de diez siglos; todas las eras de la humanidad se pierden, y el hombre que habitó este Torreón debió bajar de otras cumbres más altas, acaso de otros planetas. No son estos sillares, que se engastan al roquedo, de la pobre duración occidental. Es nuestra carne más débil que los musgos que se adhieren a sus pedrones poliédricos. Y nuestra grandeza moderna queda aislada del sentido cosmogónico de la roca y del primitivo pensamiento de Dios.

Nada somos ni nada entendemos ante los hombres que aquí vivieron. Arriba del Torreón contemplo un espectáculo que el mundo nunca vió más maravilloso. Ha venido una limpiada de azul en el cielo borrascoso y el sol se deleita en bruñir la piedra, en laminarla para hacer másb ella su desnudez. En torno mío la ciudad granítica es una argolla nupcial incrustada en el macizo; lo demás es sensación de abismo, de anchos andenes que descienden a poblados, de breves escalinatas que bajan a precipicios. Y sin embargo, sobre lo escarpado y abrupto, en planos de armónicos niveles, la ciudad descansa en un nido de cóndor, soberbia en su equilibrio. Ahora el horizonte me embriaga de altura. En el círculo de picachos aguija el espíritu el ansia de dominación: el Huayna Pijchu dispara su punta de flecha al Dios del gentilicio. Todas estas cumbres nevadas de la hoya, recubiertas de negros nudos vegetales, forman los engarces del collar de la ciudad, y hacen más fuerte la impresión abismal. Son contrafuertes selváticos separados por una torrentera profunda. Entre los espacios está el paraíso de horizontes y hondonadas donde reina el espíritu misterioso de los Tampu; entre los espacios late el constante afán de acercarse al Sol, de atraer su disco al engaste de la argolla, de adorarlo en el agua de los reservorios. Porque los hombres que construyeron esta ciudad, para vivir en las alturas, estaban poseídos de una fuerza de religiosidad inmanente capaces de las más grandes conquistas.

Dejo el barrio real del Torreón; la Casa de la ñusta donde la noche tropical sopla sus brisas olorosas a través de la «masma» o plataforma; las recámaras de pulido canto del Palacio del Inka en que se sublimizaba el connubio con su real hermana y esposa, y del cual habría de nacer limpio de toda extraña sangre el nuevo vástago, continuador de la raza de los hijos del Sol,

Sobre un ribazo del noroeste se perfila el Intihuatana donde eran celebradas las ceremonias de los solsticios y los equinoccios. Camino hacia allá. Pero antes entraré al barrio sagrado que yergue el lienzo mural de las Tres Ventanas, cuyas ruinas rememoran la salida de los tres hermanos Ayar, aquellos misteriosos hombres que fueron a reconquistar la civilización kechua, que siglos atrás había sido avasallada y encerrada a estos reductos, por el empuje de la avalancha aymará. Esas Tres Ventanas, que miran hacia la salida del Sol, se alzan en la planicie en un secreto encadenamiento con la roca ciclópea, entre los picachos de Machu Picchu y Huayna Picchu, para hacer pensar a las generaciones en el germen organizador del Tahuantinsuyu, los cuatro confines de un imperio jamás soñado en su fuerza constructiva, y que forjan hombres, que se adelantan a la noche oscura del medioevo de Europa, para consolidar su personalidad social sobres bases igualitarias y colectivistas.

Llego hasta el altar de los sacrificios, hecho de un sólo bloque de piedra cortada como mármol; oradan los muros siete nichos trapezoidales para objetos del culto; los muros lo forman hermosos poliedros de granito blanco que sustentan enormes megalithos de doce metros cúbicos.

Y aquí mi guía, el sabio doctor Wagner, me hace ascender hasta el Intihuatana que corona el barrio sacro.

Estoy en el adoratorio donde se ataba el Sol.

Es una roca labrada que levanta en la superficie un prisma de base rectangular, con caras y aristas hechas del mismo peñasco, y que sirve a modo gnomón.

Los instrumentos arrojan 2225 metros de altura con 26 grados. En experiencia feliz el doctor Wagner demuestra la pericia y habilidad de sus antiguos habitantes para llegar a construir un perfecto reloj solar. Existe una diferencia de 16 metros de variación, debido al movimiento del eje terrestre o a fenómenos sísmicos. Su comprobación requiere continuas observaciones para establecer la relación de la sombra que proyecta el prisma con el camino del sol. En la experiencia que realiza constata la edad de Machupicchu no inferior a ochocientos años.

Los inkas de este modo podían conocer exactamente los solsticios y equinoccios, lo que en un pueblo de agricultores alcanzaba el prestigio de un ritual religioso.

No hay lugar en el mundo donde el espíritu pueda conmo-

verse más, porque es Dios mismo el que se percibe en el sentimiento teogónico. Se supera el hombre de los Andes en su esfuerzo material de conquistar las cumbres. La fiesta del Solsticio—el 23 de Septiembre—ata en la imaginación el fabuloso disco de oro que de aquí adoraban sacerdotes, vírgenes y pueblo. Revivo la forma en que se suspendía la placa alegórica sobre el collado y miro en torno a la ciudad kechua en el instante supremo de la adoración, cuando en la hora precisa del meridiano se tendía la cuerda desde el Intihuatana hasta el áureo disco, en el rito simbólico de atar el Sol.

La muchedumbre cubría las terrazas, los andenes y escalinatas que descienden a planos de abismo hasta el hondo valle circular del Urubamba. Se ve aún en torno de la ciudad la cinta vegetal que la separa de los precipicios con redes de cedros, pisonaes y palmeras. El extremecimiento humano tenía el mismo sentido vital de la planta. Miraba los abismos, sin sentir su influencia, y contemplaba el Sol, abriendo el espíritu en llamas. En el barrio industrial los músculos de los obreros cogían en sus brazos, pechos y piernas, latidos de la selva para el ofertorio; las madres con sus criaturas atadas a la espalda se arremolinaban en gavillas de espigas túrgidas; las ñustas o las escogidas, que moraban más próximas al Intihuatana, en viviendas aisladas, imitaban con sus cánticos las voces de los pájaros; los sacerdotes durante el ritual tomaban actitudes de buceadores de almas, mientras en el pectoral de oro del Jefe fulgían las constelaciones de la epopeya del hombre y la montaña.

Desde esta cumbre, primitivamente desnuda, se vieron aparecer, y luego trepar y escalar las cuestas los ejércitos de hombres que venían de la selva, huyendo de la ola de fuego y agua hirviente del Mameya. Los batallones, los regimientos de la selva repechaban las alturas en lucha gigantesca con los seres vegetales que también querían domeñar la cumbre. En el tumulto de fuerzas se encontraban los cuerpos en los abismos y en los cansancios; a veces de las propias raíces libraban la vida al suspenderse del precipicio y en otras las grandes hojas abanicaban las fatigas mortales.

Subían las grandes piedras fundadoras de la ciudad en rodillos de troncos de árboles. Subían los megalithos desprendidos por los terremotos. Subían con los músculos del hombre en posesión de la montaña. Subían en marcha titánica. Era una fuerza inexhausta. Todos trepaban empujados por un sentimiento de Dios. Los vientos cálidos iban adelante tocan-

do clarines, como las serpientes, símbolos del movimiento.

Yo guardo unos segundos.

Después empieza el descenso. ¡Cómo quiero retener esas imágenes! Me aislo para cobijarme, por última vez, en los lechos de los sacrificios, y en las humildes cuencas de las viviendas pobres.

Las cumbres están algodonadas de nubes, algunas muy bajas y amenazantes. No atravieso aún los monolithos de la portada y ya está la noche encima, tras el breve crepúsculo casi sin transición del día, y me coge la selva en regreso inexperto y solitario. Poco a poco me domina un oculto pavor. A medida que avanzo pasan ante mis ojos los orificios vacíos de las tumbas, saqueadas por huaqueros internacionales; los graneros que avizoran desde el Huayna Picchu como castillos encantados; los miradores y puestos de vigía, cuyo alerta es un fustazo en el aire; la piedra zoomórfica que toma una actidud acechante de puma; las encrucijadas del camino, la maraña reptante, esos troncos enhiestos y negros, que me salen al paso retorciéndose con expresiones de esqueletos, la tierra toda que bulle en plena madurez, con cien olores desconocidos de yerbas.

Comienza de nuevo a llover. En el ambiente cargado con emanaciones de marisma, algo quiere estallar, algo que presiona el corazón como en la espera de acontecimientos decisivos. Y en la marcha incierta siento un gemido lejano, un sollozo intermitente, que se va acercando hasta mí. A la vuelta del camino, acurrucado en una piedra, encuentro llorando, despacito, al niño rubio de las cargas. Había bajado antes, para esperarme en el puente, y lo cogió la noche como a mí. Tiembla. No quiere confesarme su miedo. Pero comprendo que en el niño llora el silencio de la selva....

Juntos seguimos la marcha. Al cruzar el puente nos estrechamos recelosos. Abajo el torrente se precipita con sordo fragor de piedras y de espumas blancas. A cada paso se cimbran los medios troncos de que está construído; ni una baranda en que apoyarnos; en la negrura de la noche sólo el instinto nos salva poniendo cautelas de rabdomante a nuestros pies para no rodar al turbión.

Ya en camino de la estación, titilante de luciérnagas, volvemos a conversar de los gigantes «orejones» que habitaron Machu Picchu.

XI

HUANKA RUMI

Desde las sierras llega al Cusco el nombre de un mercedario chileno cuya obra haya eco enternecido en las piedras inkas. En este día vibra en la prensa un discurso suyo sobre «La Guerra y la Paz» y la leyenda crece en torno de él.

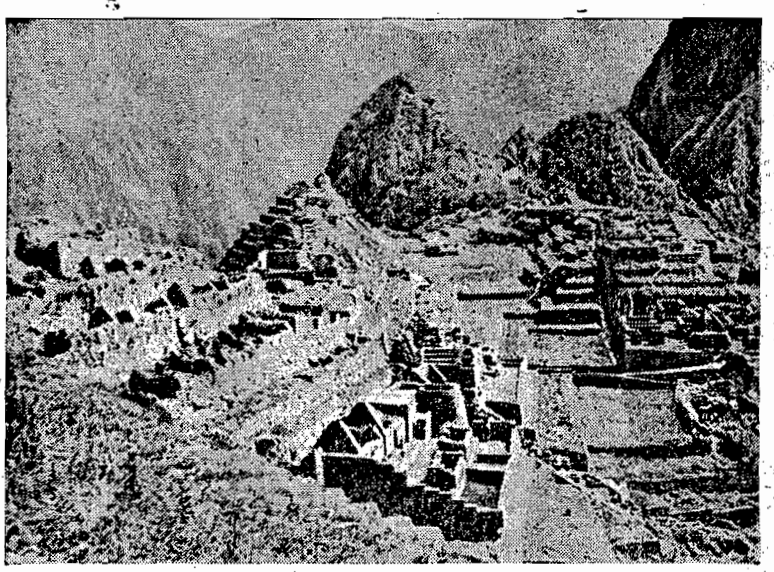
El padre Zevallos, de la Merced, me trae el saludo del compatriota y una invitación para visitarlo, en Huanka, donde es capellán del santuario más famoso del Perú.

Voy a ver al padre Luis Márques Eyzaguirre curioso y emocionado. El Prefecto del Cusco, Coronel Vargas, me envía su auto. Es un gran admirador de la obra del mercedario chileno.

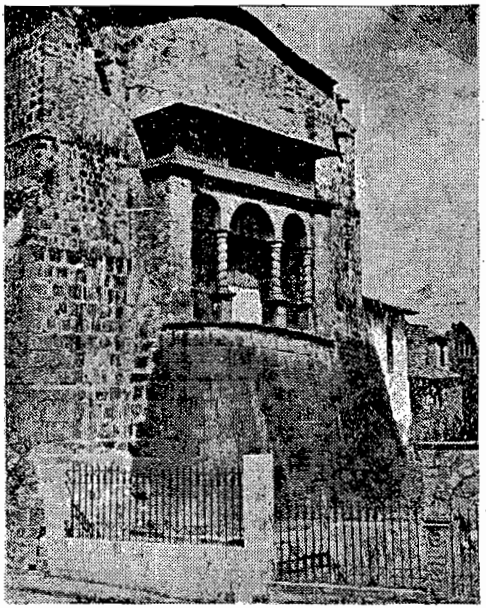
Y como se trata de un viaje de hora y media, por sierras desconocidas, llevo dulces naranjas arequipeñas para la puna. El camino se abre entre los campos indígenas, donde las procesiones de llamas se repiten como el motivo ornamental alrededor de un vaso de arcilla; pasa por los pueblos de San Sebastián y Oropesa en los que sus iglesias destacan su esplendor arquitectónico entre la pobreza del caserío. En Huambutío se interna por la quebrada de Calca y sigue el curso del río sagrado con sus márgenes floridas de retamos. El paisaje tiene un verbo tropical que canta en los pedruzcos del Vilcanota. Ya, cerca del pueblo de indios de San Salvador, al otro lado del río, diviso el Santuario sobre la cumbre árida de un roquedal, casi a las faldas del Pachatusán, que su lengua traduce en sostén del mundo.

El automóvil entra a los dominios de Huanka y asciende por la espaciosa carretera que conduce al Santuario. El camino, que es una de las recientes obras del padre chileno, a medida que trepa la montaña, extiende a mis ojos el curso del Vilcanota en la quebrada. En la marcha zigzagueante hacia los tres mil metros de altura aparece el milagro de la obra hecha sin recursos de dinero.

En el contrafuerte de la última explanada asoma la torre de la iglesia, coronando un largo lienzo de pared blanca. Echo pie a tierra y un jubiloso repique de campanas se cierne en el

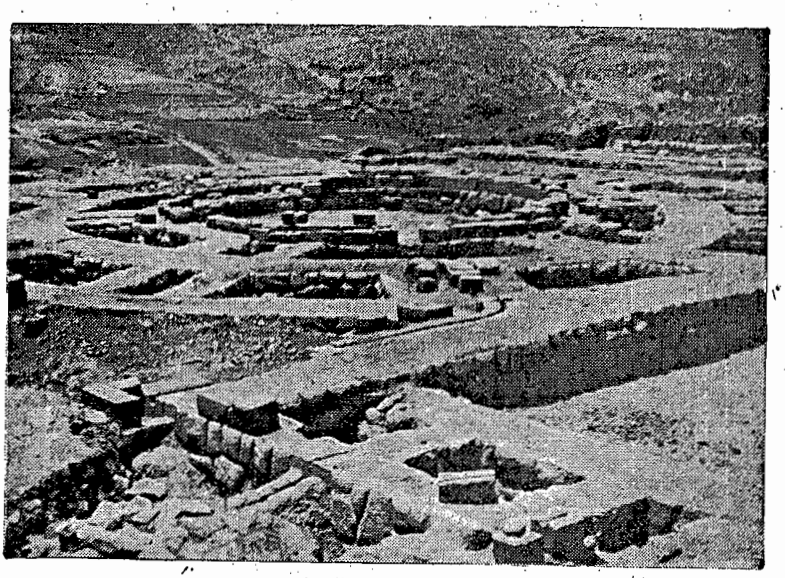


Una vista panorámica de Machu Pijchu que acaba de ser librado de la maraña vegetal que lo cubría.



El ábside del templo de Santo Domingo tiene en su base un magnífico fragmento de la torre occidental del antiguo Templo del Sol.

El fuerte septentrional de la ciudadela de Sacsahuaman, en su segundo baluarte, presenta un notable sistema de trincheras, recién descubierto.



El Torreón de Muyumarca, en lo más alto de la ciudadela de Sacsahuaman: se puede ver el reservorio del cual salían múltiples canales de agua.

aire. En lo alto aparece la blanca figura del capellán. Y son sus palabras de bien venida:

—¡Así se recibe a los chilenos en esta casa!

Fluye de él una espontaneidad de viejo camarada; su apretón de manos tiene la cordialidad del hacendado sureño; su elevada estatura llevaría con garbo el poncho, el rostro, asocarrado por los vientos montañeses, se anima con el regocijo de sus ojos claros.

Subo la empinada calleja que forman las pocas viviendas del santuario; un vaho de siglos respiran las construcciones del caserío; el agua se despeña por las quebradas, amorosamente encauzada hacia las tierras de labranza.

El padre Márquez me hace pasar al recinto donde vive: una rústica sala cubierta las murallas con desvaídos cuadros religiosos de la pintura cusqueña; su biblioteca, donde no faltan libros chilenos y recuerdos de la patria ausente; y su celda, con una ventana abierta hacia el camino y la quebrada del Vilcanota. Pero el lugar de nuestras reuniones será esta biblioteca, que es más que el hallazgo de una huaca en medio de las sierras inkas. Es un pequeño rincón de escritor, una pieza personal donde está toda el alma vagabunda y soñadora del padre Márquez. Las visiones de sus viajes por Italia alternan entre las armas de caza de los aborígenes del valle de la Convención y del Madre de Dios. Allí una pieza de cerámica descubierta en sus búsquedas de Mollocahua; acá un tejido brillante, de legítima procedencia incaica; en un rincón una muñeca de yeso, vestida con el sutuoso traje de las kollas; una edición antigua del Inka Garcilaso; y en el suelo pieles de tigres, de venados, de pumas, de zorros.

Ahora el padre Márquez quiere oirme hablar de Chile, de los amigos ausentes; de los que quedaron de escribirle y lo olvidaron.

El corazón, callado por tanto tiempo, ha abierto todas sus válvulas; pronto me olvido que estoy ante un hombre de la iglesia; tiene el padre sinceridades de niño y alas creadoras de imágenes.

Ya estoy comprometido a pasar unos días con él. Pero, antes de mostrarme el maravilloso paraje, me lleva al recinto sagrado, donde está el Señor de la Aparición.

Entro a la pequeña iglesia tres veces centenaria. Ya no hay luz en los ventanales. El capellán me guía en la penumbra hacia el altar con una linterna. Su luz de pronto enfoca la cus-

todia en la que aparece, grabado en marquetería, junto a la insignia del Santísimo, el escudo de Chile, en pendant con el del Perú.

—No me olvido de la patria en mis oraciones—me dice.

Sube conmigo hacia el retablo del altar concediéndome la gracia especial de acercarme hasta la imagen misma del Señor. Ha corrido el gran vidrio que sirve de fanal a la divina figura enmarcada por el encaje de oro del retablo. Allí, sobre la roca viva, el pintor del sextenio reprodujo el momento en que el indio Diego Quispe vió en la caverna del roquedal la claridad desconocida que aureolaba la figura de un hombre desnudo al recoger sus vestiduras. El cuerpo destrozado a fuerza de la flagelación, chorreaba sangre, y el rostro afligido, lleno de bondad y dulzura, lo miraba con unos ojos preñados de lágrimas y de sangre.

Así el humilde indio reconoce en la aparición la figura del Salvador. Ha caído de rodillas con los brazos en ademán de súplica. Sus labios trémulos sólo dicen: «¡Señor!» Postrado en el suelo besa la tierra, inundado de lágrimas, y permanece largo rato, casi fuera de sí, hasta que siente una voz que lo llama: «Diego: escogí este sitio para hacer un lugar de recogimiento; una peña donde el hombre venga hasta mí limpio de corazón; y serás tú el que lleves mi mensaje de amor a tu pueblo».

El indio oye pasmado la voz.

Había venido, de las minas de Yanantin, huyendo de un castigo severo por una falta en la mita. Estaba fatigado con el enorme esfuerzo de la fuga que lo hizo atravesar los altos picos que dan al Vilcanota y escurrirse por los montes enmarañados hasta una aglomeración de rocas, *Huanka rumi*, que formaban una caverna, que le pareció un lugar seguro donde esperar la noche para continuar su marcha hacia Chincheros.

Y esas rocas de la aparición son las mismas que contemplo después de tres siglos, y en las que un artista indio perpetuó la visión en una obra maestra de la escuela cusqueña. Hay en la figura tanto sentimiento y vida, tanto amor y misticismo, que no puede quedar impacible el corazón.

—Vea el milagro—me dice el padre Márquez, enfocando la imagen con la linterna. ¡La sangre está fresca! ¡Parece que recién vierte de las carnes laceradas! Nada han podido los besos de la indiada durante los siglos de adoración!

La luz resbala sobre el divino cuerpo, y aparece como esos

Cristos pintados según los libros santos, destrozados y sangrientos desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies; la piel amarillenta, surcada de hebras verdosas y enrojecidas de sangre; tremulante por los ramalazos del verdugo; ligado a una columna que los fieles hicieron de plata tal vez para mitigar el cruento pasaje en el contraste desolador de su desnudez. Pero nada puede apartarnos de la obsesión de la sangre que emana del cuerpo y que salpica la piedra en gotas cristalizadas, cogidas por el pincel del artista de la herida mística del indio vidente, que le narró los detalles íntimos de la aparición.

El capellán pasa un algodón, por la imagen, que adquiere la fuerza inmanente del milagro, y me da el privilegio de besar el lienzo de granito.

El gran vidrio vuelve a correr y resbala un resplandor sobre los espejos que forman arco en el retablo. Se desprenden de las junturas los ex-votos de los fieles que van cayendo en las peregrinaciones como en un correo entre la tierra y el Señor de la Aparición. El capellán ha vuelto a dejar en su sitio esas misivas, esos ruegos, esas mandas y promesas que repiten el ejemplo dado por Diego Quispe cuando quitó de su cuello la cadenilla de plata, de la que pendía una cruz, y la colocó en la roca sagrada instantes después de la portentosa visión.

—Fué en Mayo de 1675—me explica el padre Márquez. Todavía en los albores de la conquista, en el aniquilamiento de la raza inka. La segunda aparición ocurrió un mes después Diego Quispe ha traído por entre los charamuscales a los miembros íntimos de su familia y al pastor de la doctrina, el Cura de Chincheros Urioste de la Borda, que fué el primero que escuchó de los labios del reservado indio la feliz revelación. Cuando llegaron a este sitio entonces un bosque de malezas y enredaderas Quispe se arrastró por la abertura que formaban las piedras para entrar a la caverna y ¡oh prodigio! el Señor nuevamente estaba aquí. A la altura de su mano, en actitud de recoger sus vestidos después de la flagelación. Lo vió el cura que cayó de rodillas sollozando y en seguida la familia de Quispe y todos son testigos de la aparición que tiene por fondo esta gran piedra del roquedal. Jesús recibe así la primera adoración de un puñado de indios buenos y sencillos, que venían hasta El desde un pueblo distante. Y el portento se ha repetido cien años después, en 1775, a un caballero cochabambino llamado don Pedro Valero. En mi «Historia documenta-

da del Santuario» encontrará minuciosos detalles del prodigio.

Salgo del recinto sagrado como ungido de una felicidad nueva, nunca tocada en mis andanzas por América. Esta tierra, que hoy va a ser mi albergue por algunos días, entra en mi vida como un panorama inesperado de la sierra peruana. Solo, poseído de la grandeza del Santuario y del fervor de los indios que hasta aquí vienen en peregrinación desde lejanas regiones, contemplo el paisaje que se extiende abajo del roquedal y por donde el río sagrado de los inkas es una sierpe cautiva entre las duras peñas. El temporal ha dejado en las cumbres de la otra ribera del río un leve manto de nieve que la tarde enciende con el oro de sus celajes. Todo es evocación: baja de las faldes el canto pastoril de una kena, soplada por Julián al paso de su majada, y, del otro lado de la quebrada, del pueblo indio de San Salvador, el viento trae intermitente el golpe del bombo, en la danza que preparan los «chunchos» para la fiesta de la virgen del Rosario que se venera en Huallhua. El aire es tan transparente, tan puro, que pueden verse en la lejanía hasta los andenes de Pisac en sucesión infinita de altares. ¡Cómo se alejan y luego se acercan las cumbres! Tiene el roquedal tras sí un alto cerro, como un bastión, cuyo picacho mece trágica leyenda el nombre del inka Kusi-Huarco. La noche viste la cumbre de un sayal negro.

—En ese picacho—me refiere el capellán—fué ejecutado Kusi por el delito de haber robado una ñusta del Templo del Sol. El cuerpo del ajusticiado quedó mirando hacia la quebrada. Cuando ascienda al Pachatusán podrá llegar hasta el picacho y ver la horca, que todavía se conserva.

—¿Y qué hicieron de la ñusta?

—Se le ahorcó hacia el otro lado. Según dice la leyenda mirando al Cusco.

—¡Qué altura para una ejecución! Un poco más y los cinco mil metros—le digo al padre.

—¡Era un hijo legítimo del Sol! Ellos así mostraban más cerca del astro la afrenta inconcebible.

Esa noche quedo instalado en una celda blanca, pulida, que pertenece a la futura casa del noviciado. Ya empiezo a ver los milagros que ha hecho el padre en el santuario. Cada celda tiene un esbelto tazón de piedra con desagüe y agua corriente.

Asisto a la comida en el refectorio con los hermanos. El padre me presenta al mercedario Julio Francisco Macutela,

que está pasando unos días en el santuario, y a los hermanos Serapio, Jaime y Giovani. El padre Macutela, que hace poco cantó misa, anda en sus briosos veinticinco años, doctrinando en lengua kechua por las parcialidades indígenas; sabe de aventuras y riñas; de toreos y sermones. Y ya me ha comprometido en la ascensión del Pachatusán para alcanzar en hazaña deportista los cuatro mil seisdientos metros de altura.

Hay abundancia en la desnuda mesa. Se come lo poco que producen las tierras altas de Huanka: papas, el maíz granado de las fiestas inkas de la cosecha; carne de corderitos; chicha de arroz, coloreada con «airampu», sin fermentar; pan moreno.

Después de comer se hace música. El hermano Serapio toca en la kena un melancólico aire indígena; es llanto de su misma raza, llanto infinito que acongoja. Todos quedamos presos en la música que, en aquel ambiente, cobra ecos ancestrales. La luz eléctrica, que provee un motorcito, se ha ido extinguiendo, y se encienden velas. Los hermanos permanecen en actitud meditativa, las cabezas bajas, las manos cruzadas en el recogimiento de las anchas mangas.

Suena la hora de queda y es preciso recogerse. Pero antes la pequeña comunidad hace el Señor la última visita. Llega hasta mi celda desde el Santuario el canto de alabanza:

Salve Huanka, peñón solitario,
salve roca empapada de amor...

Despierta el alba en la arquería de piedra del noviciado con la algarabía de Marcelo y Serápis, dos pequeños simios traídos de la selva; los rezongos del loro políglota que en idioma machigenga, keswa, castellano y latín no cesa de vociferar por la tardanza del desayuno. Hacen coro con sus chillidos dos loros pibichos, más pequeños. Pienso en un amanecer salvaje.

En la ventana siento las llamadas del padre Márquez invitándome a la misa de la seis: que ese día, en mi honor, ha sido atrasada una hora.

En torno del santuario brota como un salmo la vida de la sierra. Quedamos sobre las nubes que cubren el río de un manto denso. Se levantan con el sol y el Vilcanota aparece desnudo, serpenteando en el lecho con sus aguas plateadas.

El capellán me lleva a recorrer el caserío, que se encuentra frente a la iglesia. Empiezo a conocer a sus habitantes en

las labores diarias. Me saludan en kechua, con voz dulce y expresiva:

—Allimillaichu tatay!

Ascendemos por el camino, donde se hacen las procesiones de la novena, que lleva al parque de Siloé. Sujeto de una cadena sale de un rincón, a los llamados del padre, «Mario», un joven oso negro, que gruñe alegremente abriendo los brazos. Con el ruido que ha hecho al salir una bandada de palomas se levanta del interior de la caseta que le sirve de guarida. Es una visión seráfica la que pone ante nosotros esta alada muchedumbre en su íntima convivencia con la fiera.

Remonto el ancho camino recién construído hasta la gran piscina de piedra que servirá de baño a la comunidad. Limpio de alma y de cuerpo es el lema que se inculca a los indiecitos novicios. Sobre la piscina surgen las tres fuentes que dan vida a la región: «Agua del Señor», «Agua de la Virgen» y «Agua del Diablo». Esta última así llamada por ser nociva a causa de las sustancias que contiene, en oposición a las anteriores extremadamente benéficas por sus propiedades curativas.

—Ahora comprendo—le digo al capellán—por qué una cholita de un tendajo en el Cusco, al enterarse de mi viaje a Huanka, salió corriendo a suplicarme que al regreso no dejase llevarle «Agua del Señor».

En el comienzo del faldeo, que circunda el parque de Siloé, diversas imágenes religiosas se elevan en tamaño natural; pero no son estas las imágenes que hemos visto en el Cusco, y en todas los altares; el artista indio las modeló con los rasgos de su propia raza e insufló, a más de una de las figuras, la expresión vivaz del cóndor y la dulzura ingenua del niño.

He dado una vuelta por el jardín hasta las casas del cuidador. Hay una noticia triste, «Gloria» la vicuñita, está por morirse. Se le ocurrió anoche, acaso por el frío que hizo, revolcarse sobre unos rescoldos de leña. Fué un juego voluptuoso para el pobre animalito; pero, insensiblemente, empezó a chamuscarse sus vellones hasta hacerse algunas llagas, que hoy son causa del lastimoso estado. «Gloria» es la regalona del padre, la que siempre posa en las fotografías, la mascotita de aquel reino de animales. Ha ordenado algunos cuidados para su curación que será larga.

La mañana está vibrante. El paisaje se interna a [illegible] y forma una sola alma. Todo se hace familiar. Estos [illegible] altísimos con los nombres de la epopeya indígena: el Condo-

tiano al frente, nido de cóndores, tamizado de nieve; acá el Kusi - Huarco y el Pachatusán, asiento del mundo.

—Ese largo y angosto como una franja—me señala el capellán—lo he bautizado con el nombre de Chilenojllo.

Estoy a mayor altura del Santuario y su iglesia destaca al sol el rojizo tejado y las paredes blanqueadas. Emerge solitario, del caserío, un frondoso pisonay, florecido de rojo, como una manta tirada sobre el césped por el señor legendario.

Me rodea el anfiteatro de Nahui-Huayco (quebrada del ojo), hecho en rústica andeneria de piedra celular, que la vegetación destruye, y que ha quedado desde el sistema agrícola incaico.

Descendemos. El capellán contempla el Santuario exaltado el fervor por la obra realizada. Hacen cuatro años que llegó. Venía de Italia, en viaje a Chile. Traía una labor seria en mérito de la Orden. Había publicado durante su permanencia en Europa dos libros importantes: «En el Méjico ensangrentado», relato de lo que vió en su visita incógnita durante las persecusiones religiosas de Calles, y «Los milagros del arte cristiano», páginas de un diario de viaje, sobre arte gótico. Pasó por el Cusco y allí se ha quedado. Su influencia moral es grande. Es querido y respetado por todos desde la más alta autoridad hasta el más humilde indio. Y su prestigio ha hecho que durante esos años fuese solicitado para pronunciar el discurso oficial en las solemnes fiestas de la Virgen de las Mercedes, patrona del ejército peruano. No podía caber a un chileno mayor honor.

El padre Márquez me coge del brazo. Vive en nostalgia de la patria pero su corazón no logra desprenderse de aquella roca santificada por la presencia de Jesuscristo mismo. Quiere hacer del Santuario el Paray le Monial, no sólo del Perú sino de la América entera.

A nuestro regreso nos esperan unos indios que han venido desde el pueblo de Uchumuca a pedir licencia para traer la imagen de su devoción en visita al Señor de Huanka.

Horas más tarde veo ascender el cerro la curiosa procesión: entre un tropel de indios, ataviados con sus mejores ponchos, las cabezas descubiertas, viene sobre una parihuela un cristo crucificado, vestido sólo con un pollerín de terciopelo granate, recamado de plata. Bajo el sol su cuerpo desnudo hace lanzas de luz. Hay un alto en la penosa jornada. Las campanas jubilosas comienzan a repicar. Se escucha de nuevo a lo lejos

la música de la orquesta que acompaña a la peregrinación: un arpa, dos violines, una kena, un bombo... Cuarenta minutos después, entre los pechos jadeantes, el Señor de Uchumuca se inclina por tres veces en saludo al Señor de Huanka, antes de entrar al templo.

A la oración ninguno de los fieles falta al catecismo. Los niños se amontonan en el comulgatorio, y la voz del padre Márquez se eleva para doctrinar en la dulce lengua kechua. Ante los altares encendidos en fiesta habla de las virtudes que predicó el Cristo, y aquella gente humilde aprende de sus labios, junto con la doctrina santa, el castellano que les ha de servir para su entendimiento con los blancos. En sus corazones deja a la vez que la esperanza consoladora, el amor a un pueblo lejano que se llama Chile, y del cual son hermanos.

Y esta acción fraternal la compruebo otro día con los amigos del Santuario. Hasta aquí asoma la figura más caracterizada del Cusco: el Coronel Mendiburu, que apodan «el Cónsul Chileno» por el tradicional cariño que siente hacia esta tierra, y a la amistad sin reserva que prodiga a los chilenos que allí llegan. Es cordial, sin que haga falta para el abrazo de bienvenida, su brazo ausente; alto, recio, de ojos vivísimos, tiene siempre a flor de labios la broma punzante y picaresca; y su más grande ilusión es venir a Chile con sus siete hijos.

El dia que fué a vernos el Coronel tuvimos a media noche, la visita de un puma, que talvez bajó hambriento de los cerros. Sus pasos se sentían en el claustro y en el caserío. Al levantarnos, su sombra desapareció por los matorrales. Yo tranqué temeroso la puerta de mi celda.

También ha estado de visita en Huanka, la acaudalada dama doña Irene Azpilcueta. Llaman al ómnibus de su hacienda «el carro de Chile», pues trafica por la quebrada de Calca, pintado con nuestro tricolor nacional.

Hay ratos de buen humor en el Santuario, y pecados que los chilenos nunca podremos lavar con todos los aluviones de la cordillera. El domingo, que empezaron las fiestas a la Virgen del Rosario, que se venera en la hacienda de Huallhua, bajo a caballo hasta el pueblo indio de San Salvador. El caserío está solitario. Sus habitantes han salido en romería hacia las fiestas siguiendo a las comparsas de bailarines. No teniendo con quien platicar penetro por la puerta de la iglesia cuyo cura también está ausente. Es una iglesia pastoral, abundante en santos milagrosos de todas dimensiones, tallados en ma-

dera de una sola pieza, santos vestidos con sedas apolilladas o carcomidas por el desgaste de los siglos, santos cubiertos de telaraña y polvo. En el altar mayor, sobre la Custodia, la ingenuidad indígena había puesto, para simbolizar al Espíritu Santo, en vez de la evangélica paloma, a un guacamayo colorado, de estruendosas plumas. Entre esos santos de bulto descubrí uno que no estaba en mi calendario. No era el santo de expresión apocalíptica; ni la Virgen dulce con el Niño; ni San Juan con el corderito; era un santo extraño, con el cuerpo inclinado hacia adelante, y las piernas cortas y rechonchas, encorvadas en paréntesis hacia afuera.

—¡Qué santo más raro—exclamé—nunca ví otro igual!

—¡Psh...!—se apresura a informarme el sacristán, que acude en busca de la propina. ¿Que no ve, tatay, que es el apóstol Santiago!...Pero ahora está a pié...

—¿Y el caballo?—pregunto.

—*Manacanchu*—me responde, recordando. Le diré, pues tatay. El caballo era de plata y se lo robaron los chilenos.

Quedo pasmado con la constestación del sacristán. Sonríe apenas. Sus ojos brillan sin pedir. Lo dejo asombrado con la propina.

Y el día que me va a buscar al Santuario el omnibus de la señora Azpilcueta, para llevarme a la estación de Huambutío, mi abrazo emocionado al padre Márquez, expresa a su obra misionera lo que los chilenos nunca articulamos en los labios.

XII

DESCANSO BLANCO

AREQUIPA

Son alas invisibles las que crecen, en el descanso blanco, viniendo de la puna. Liviánase el cuerpo, ensánchase el pecho, aligéranse los pasos. Ya empiezan a laborar los aires del Pacífico y los nervios comienzan a ablandarse.

Estoy en Arequipa cuando amanecen todos los pájaros cantores en la casa Somocurcio y en su patio luminoso chapotea el agua del jardín. Llega a «la dormida» el traquetear de la servidumbre por las losas bermejas, y luego entra a bocana-

das una luz de fiesta nunca vista, cuya transparencia hace que el verde de las plantas sea más verde, el rojo de los geranios más rojo, el azul del cielo más azul, y la piedra de los muros más alba que los jazmines que restallan bajo las arcadas.

Es un patio de Andalucía con dueña hermosona. Se guarda en portón claveteado y placa conmemorativa de prócer. Y ya, estando en él, se puede comprender el alma de la ciudad, con calor y celos de nido, entre la montaña y la costa.

Salgo en busca de la Plaza de Armas, a donde vamos siempre los sudamericanos, atraídos por lo que en ellas nos queda de su emoción civil y religiosa. Sin duda es la más bella plaza que encuentro en mis andanzas por el continente. No es el espacio delineado militarmente ni sus palmeras donde se mece el ensueño morisco. Es el fondo decorativo de España: los tres portales que la cierran en sus calles laterales y hacen una guirnada seguida de arquerías apoyadas en pétreos pilastrones. Tienen, por complemento, la fachada de la Catedral, de cuyas paredes emergen, semi-engastadas, una sucesión de columnas jónicas que suben a las torres mismas, ligeras y aladas, en una exaltación ornamental de poesía y rezo. En cada esquina dos arcos de triunfo cierran el atrio, en un hallazo de arte monumental, donde las edades no se arrepienten de admirarlos.

Acaso el Misti aparece más bello en esta sobriedad de líneas, su cono más perfecto, entre los airones nevados del Chachani y del Pichu-pichu, para dar a la estética urbana, afanosa del siglo, una realización armónica.

¡Y qué bien planea el alma en las calles vecinales sin que el embrujo de la diafanidad le abandone! Porque aquí todo es blanco como sayal de mercedario, de un blanco que no hiere, ni pone crudeza en las cosas, ni las muestra feas. Esa luz es como la irradiación del alma de la piedra blanca de «sillar» con que está construída, tocada por la mano de Dios desde sus campanarios.

En el camino no son muchas las puertas que se abren al viajero curioso, pero consuela el saber que tras los recios murallones vibra el alma arequipeña, fina y apasionada, que diera su más alta expresión en el yaraví. Su puño espiritual tan recio levanta la figura admirable del poeta Mariano Melgar que pagó con la vida el lírico anhelo de libertar su patria. Es este hombre, de sensibilidad superior, el que siente toda la belleza del yaraví indígena y lo exalta a las alturas de la digni-

dad literaria. Esta fusión de lo kechua y español que significa el yaraví en la música popular, responde a lo que ya habían hecho los orfebres nativos en la arquitectura de la ciudad en su ansia profunda de liberación, y en la que hoy día los modernos reconocen una escuela neo-india, destinada a orientar el arte creador de Sudamérica.

Hasta aquí vienen los artistas indios en busca de una atmósfera de mayor libertad para sus inspiraciones, constreñidas en el Cusco sólo a un arte europeo por las imposiciones de los maestros peninsulares. Los monumentos de Arequipa están realizados por el impulso espontáneo de sus creadores que aportan su rico panteísmo a los motivos ornamentales de las fachadas. Pero no sólo florecen en las tallas de búcaros las hojas del maíz, ni los soles y constelaciones celestes, ni en las columnas surgen los peces del Titikaka y de los ríos comarcanos. Hay a veces también un poco de mitología griega como estas sirenas modeladas sobre el frontispicio de la portada lateral de la Compañía, que tienen singular historia.

Quiso el celo de un sacerdote encontrar en ellas materia de pecado haciendo cercenar los pechos de las deidades. Más tarde, arrepentido del estrago artístico, intentó repararlo en yeso, pero la nobleza de la piedra no se avino con tan deleznable material, y poco a poco la intemperie fué royéndolos hasta volverlos a dejar mutilados.

La Ciudad Blanca no es siempre blanca como su piedra. Tras la luz jocunda y brillante suele ocultar el velo gris de la nevada, ese extraño «spleen» arequipeño que envuelve a sus habitantes atormentándolos de tristeza angustiosa, apretada al pecho la guitarra pampeña, y que se difunde en la expresión popular: «amaneció con la nevada». Y es que en ciertos días el volcán Misti aparece coronado de una empolvadiura que flota en torno de su picacho como una nube estacionaria; esa nevada misteriosa desciende sobre la ciudad y pone en la atmósfera emanaciones nocivas que intoxican, produciendo depresión en el ánimo, que acaso fué la causa de la mutilación de las sirenas.

Muchas veces quiero huír de esa apatía ciudadana y contemplar el crepúsculo desde el viejo puente de piedra, sobre el río Chili, pero Arequipa no gusta que su diáfana soledad tenga graduaciones fáciles de captar, y grande es siempre mi sorpresa, cuando al toque de oración, veo desaparecer su albura morisca en la noche azul de la alta sierra. La transición del

día a la noche es más breve que el ensueño, después de una orgía violenta de colores, que se arremolina sobre el horizonte de arenas caldeadas de Characato.

Abajo del puente, los pobladores de las márgenes del río, intentan prolongar los celajes disparando cohetes y voladores de luces.

El sol fructifica en las siembras dormidas.

Y en el descanso blanco vuelven otra vez los fantasmas de piedra.

XIII

AIRES DE LIMA

Lima viene a mí como el cofre precioso que dejaran enterrado en las dunas costaneras unos forbantes, buscadores de tesoros, en espera de mejor tiempo para develar su misterio. Veo el diseño del arabesco, la fina talla de las molduras, el mosaico de los enchapados, la forja de los herrajes, el abolengo del blasón. Nadie parece haberlo tocado por uno de esos designios ocultos de la tierra guardadora de la estirpe. Acaso sea el ánima familiar que lo custodia, y le tiende el velo de sus nieblas, desviando los dardos del sol, para que su existencia no sea denunciada.

Yo mismo caigo en su embrujo. Tengo un abuelo limeño, que nació siendo su padre ministro de Chile, con lo que su alma entra al cuerpo de un vaso naska para que beba en su estirpe india. Recuerda en la niñez por trapecio y caballito las rodillas aun recias de don Bernardo O'Higgins cuando pasaba su destierro en la ciudad virreynal. Años más tarde vuelve a Lima; es ya joven; y de él me quedan, herencia de su espíritu, las luces de sus altares predilectos que aún brillan en las memorias de la infancia, después de los veinte años transcurridos desde su muerte.

La primera lucecilla es la que despedía una monedita de oro que, como un turrón, partía en cuartos don Bernardo, para dejarlos en sus manitas deslumbradas. No existían entonces divisas menores a cinco centavos por lo que estas se fraccionaban, a ojos de buen varón, a cuartos y a medios, La segunda, más que una llama de candil, es una chispa de gracia peruana cuando bailaba, con zapateo pícaro y elegante,

una africada zamacueca; y la última de las lucesillas de su altar, acaso la más alada y fervorosa, es la que me evocaba el pie de las limeñas, diminuto y gracioso, jugando con el abanico en los discreteos de los salones virreynales, y que yo comparaba, por la admiración de mi abuelo, al de María Cenicienta.

Y héteme en Lima, ahora, persiguiendo la quimera familiar en la casa prócer que abre su cuchilla de luz en la acera, para atisbar la sombra perfumada de un patio, donde apoya su pie blanco una volátil escalera de piedra, y escuchar embebido el rumor de la fuente, reencontrándome en la incandescencia de los azulejos, y creyendo percibir del interior el eco del vagido de mi antepasado pequeñito. Y, si no es en el salón virreynal donde encuentro al zapatito de la Cenicienta, bordando una contradanza o un paso de minué, dame la suerte verlo en la pista brillante del Country Club siguiendo el moderno bostón o la intencionada rumba. Y confieso no ver limeña que escurra la gracia de calzar a la perfección el zapatito de oro y aspirar a la mano del Príncipe. El pie pulido resbala como plumilla de encantamiento y cuesta sorprenderlo entre el vuelo amplio y prolongado de la falda.

Otro día siento su taconeo breve y alado más en el corazón que en las losas de Mercaderes. Se rebeló a plena luz. Así deben pisar las diosas en la antiguedad! Nada de ese paso presuroso, largo y deportista, que hoy vemos en las más lindas mujeres de nuestras modernas ciudades. Este caminar menudo, por su expresión plástica, es lo femenino. El empeine se enarca como un caracol reducido por la ola a una proporción de armonía y gracia. Y de pequeño que parecía a la distancia, a medida que me acerco con la intención de enredar un piropo, la figurita crece y pone un ritmo a su andar, una decisión, algo que la eleva de estatura para hacerla ondular y enamorar. No se si me deja mudo o cohibido la respuesta inesperada; no sabría acertar si replica en ella el ardor pudoroso de Santa Rosa o el retrueque mundano de la Perrichola.

Y esto me hace pensar en el canto inútil de los triunfos militares. Y aunque cuentan que en guerra estuvimos, y compatriotas entraron a Lima en són de conquista, muy aturullados quedaban cuando con limeñas se metían, suspirasen ellas bajo los portales de la Plaza Mayor o salieran desafiantes de las picanterías de Abajo del Puente.

Y, sin hacer historia de documentos, el poeta argentino don Rodolfo Godoy, que vive en un rincón de Viña del Mar,

añorando en musa romántica tiempos de airon y penacho, me da una prueba viva del ingenio desconcertante de las limeñas.

Don Rodolfo había entrado a Lima en las filas chilenas.

El almirante Lynch dispuso se celebrase una misa de campaña en la Alameda de los Descalzos, a la que asistió toda la tropa al mando de oficiales sulbaternos. Los de más alta graduación iban fuera de fila formando el pueblo. Don Rodolfo, del brazo de su compañero Moisés Ovalle, vió deslizarse entre ellos a una preciosa «huachafa» que se había vaciado una caja de polvos, olvidando participar al cuello en el reparto, por lo que nuestro amigo, presionando el brazo de Ovalle, le dijo:

—Compañero: parece que ha nevado en la cordillera... ¿verdad?

La limeña, comprendiendo la alusión, replicó, mirándoles fijamente:

—Por eso es que han bajado tantos guanacos...

No vivo la tradición sino la realidad misma cuya virtud sabe repetirse en cada generación y hacer más sensibles este hilo de continuidad, que me da un alma para sentir la ciudad arcaica, y la percepción de verla renacer en la lámina de la Plaza de Bolívar en ancho y victoriosos haces de luces.

Y este es otro aspecto atrayente del Lima de hoy: la fusión de lo antiguo con lo moderno. Es una transición rápida, de buen gusto, y que convida con fino gesto de señor, a compartir el pasado y el presente, dos cosas que parecen irreconciliables y sin las cuales no sabríamos sacrificar lo que merece perecer y salvar lo que es digno de persistir. En Lima el pasado no huye de nosostros: se nos ofrece por sí mismo y nos dice que es nuestro todo y él es quién nos ha formado, y sin falsa vergüenza defiende en su fisonomía arquitectónica la verdadera riqueza de la humanidad indo-española. Porque si la ciudad nueva busca la luz y la vertical que no tuvo la antigua, lo hace sin meter la piqueta demoledora en las mansiones que edificaran hombres de ideas fuertes, para que su estructura material cristalizara sus costumbres. Y es por eso que en Lima se puede andar todavía en consejas, en un encanto de flor y dama. Fatigado de velocidad en las barriadas nuevas se penetra a pie por los callejones, como vainas de estoques castellanos, a vivir la sugestiva fantasía de su ambiente, árabe y cristiano a la vez. Y volvemos a los años que se creían irremediablemente perdidos en otras ciudades del continente: al jácaro presumir de mozo peleador y rondador de muchachas que sus-

piran en las rejas floridas, y que es la sangre mora que aún bulle en nuestras venas de sudamericano.

Ya no van quedando en el mundo ciudades que nos trasladen de la realidad al sueño, del hoy turbulento al ayer romántico, y si Lima conserva esta virtud es porque ha logrado encarnar a la misma limeña con el prestigio enorme de ser la más amorosa de todas las mujeres de la tierra, aunque se aparte de nosotros lo suficiente para santiguarse...

Y es por eso que a una ciudad como Lima no se la puede ver ni comprender con la facilidad que el turista tiene para captar un paisaje dentro de la cámara fotográfica. Hay que dar a la imaginación un poco de cielo azul y galante para amar a los fantasmas que nos salgan al paso. Y Lima espía apasionada por las celosías de sus balcones volados, y de esta fuerza dramática proviene el misterio de las pupilas hiperexitadas de sus mujeres. En medio del recato siguen escudriñando, como las antiguas tapadas con el ojo inmánico, que asomaba por el estrecho manto que ajustaban a la cabeza y prendían con la mano sobre el rostro. Era la brújula de una muchedumbre enamorada que corría a la zaga de la aventura. Nada habían podido los edictos de los Reyes de España para prohibir semejante prenda, ni las multas de miles de maravadíes y menos la confiscación de la mantilla. La tapada «de medio ojo» triunfó siempre con razones avasalladoras: el sol quemaría el cutis o se le impediría visitar los enfermos y hacer la caridad sin ostentación...

El hábito es todavía poderoso en las barriadas virreynales; y me explico que las limeñas no se puedan acostumbrar a vivir sin ese misterio heredado con tanta ensoñación, y que como un desquite mantengan en sus casas señoriales esas celosías espiadoras, que dominan a modo de troneras, la calle por donde caminamos...